

La Revista Blanca



Colaboradores

Soledad Gustavo
Luisa Michel
Pedro Dorado
F. Giner de los Ríos
Juan Giné y Partagás
Pompeyo Gener
U. González Serrano
José Esquerdo
A. Sánchez Pérez
Fernando Tarrida
Francisco Salazar
Manuel Cossío
Carlos Malato

Miguel Unamuno
Anselmo Lorenzo
Fermín Salvochea
Ricardo Mella
Jaime Brossa
Ricardo Rubio
Pedro Corominas
José Nakens
Nicolás Estévez
Doctor Boudín
Donato Luben
P. Kropotkin
Elíseo Reclus

Serente,

Federico Urales

Administración:

1, CRISTÓBAL BORDIU, 1
Madrid.



Resurrección



DOS TOMOS ELEGANTEMENTE IMPRESOS, 4 pesetas.

Obra de carácter puramente socialista. En venta: Casa editorial Maucci, Barcelona.

Biblioteca de LA REVISTA BLANCA

- LA CONQUISTA DEL PAN, por P. Kropotkin, 1 peseta.
MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, dividida en tres tomos, á 2 ptas. uno.
LA SOCIEDAD FUTURA, por Soledad Gustavo, 20 céntimos.
EL PROBLEMA SOCIAL, por P. Kropotkin, y la biografía de éste, escrita por Anselmo Lorenzo, 20 cts.
LEY DE HERENCIA, drama en cuatro actos, por Federico Urales, 1 peseta.
HONOR, ALMA Y VIDA, drama en tres actos, del mismo autor, 1 peseta.
ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta, 30 céntimos.
LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS, por Ricardo Mella, 1 peseta.
SOCIOLOGÍA ANARQUISTA, por J. Montseny, 75 céntimos.
EL SOCIALISMO Y EL CONGRESO DE LONDRES, por A. Hamon, 1 peseta.
CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA, por A. Pellicer, 75 céntimos.
ALMANAQUE DE LA «REVISTA BLANCA» PARA 1901, 50 céntimos.
ALMANAQUE DE LA QUESTIONE SOCIALE PARA 1901, 70 céntimos.
LA ANARQUIA ES INEVITABLE, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
EL AMOR LIBRE, por Carlos Albert, 2 pesetas.
EL AMOR LIBRE, VI capítulo del libro, por idem, 35 céntimos.
DEL AMOR: *Modo de acción y finalidad socia'*, por R. Mella, 50 céntimos.
NUESTRAS CONVICCIONES, por J. Illenatnom, 20 céntimos.
LA ANARQUÍA SE IMPONE, 20 céntimos.
MEMORANDUM, por P. Esteve, 1 peseta.
Á LOS JÓVENES, por P. Kropotkin, 10 céntimos.
EVOLUCION Y REVOLUCION, por Eliseo Reclus, 1 peseta.
FUNDAMENTOS Y LENGUAJE DE LA DOCTRINA ANARQUISTA, por Altair, 25 céntimos.
LAS OLIMPIADAS DE LA PAZ por A. Lorenzo, 20 céntimos.
DIOS Y EL ESTADO, por Miguel Bakounine, 75 céntimos.
EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN, por R. Mella, y EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, todo 10 céntimos.
APROPÓSITO DE UN REGICIDIO, por Pedro Esteve, 30 céntimos.
NI DIOS NI PATRIA, por Benjamín Mota, 20 céntimos.
SOBRE CIENCIA SOCIAL, por Félix B. Basterra, 20 céntimos.
LA PESTE RELIGIOSA, por Juan Most, 20 céntimos.
LOS MALES SOCIALES. *Su único remedio*, por Emilio Z. Arana, 40 céntimos.
LA ESCLAVITUD ANTIGUA Y LA MODERNA, por Arana, 35 céntimos.
LAS HUELGAS Y LA AUTORIDAD, por L. Bonafulla, 10 céntimos.
LA ANARQUÍA ANTE LOS TRIBUNALES, por Pedro Gori, 35 céntimos.
LA MEDICINA Y EL PROLETARIADO, por Arana, 30 céntimos.
¿DÓNDE ESTÁ DIOS?, por Miguel Rey, 20 céntimos.
LA ESCLAVITUD MODERNA, por Leon Tolstoi, 1 peseta.
LA MUERTE DE LOS DIOSES, por Dmitri Merejkowsky, dos tomos, 1 peseta tomo.
PALABRAS DE UN REBELDE, por P. Kropotkin, 1 peseta.
EL JARDÍN DE LOS SUPPLICIOS, por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
SEBASTIÁN ROCH. (La educación jesuítica) por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
IMITACIONES. LOS COSACOS, por León Tolstoi, 1 peseta.
TRABAJO, por Emilio Zola, dos tomos, 2 pesetas tomo.
EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure, dos tomos, 1 peseta tomo.

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 79.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÍU, 1.—MADRID

1.º Octubre de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *¿Es compatible la pena propiamente dicha con las soluciones de la antropología y de la sociología criminales?* por Pedro Dorado.—*Ideas propias*, por Donato Luben.—*El epilogo de los atentados*, por Jaime Brossa.

CIENCIA Y ARTE: *Crónica científica*, por Tarrida del Marmol.—*Casos patológicos*, por J. Pérez Jorba.—*La luz*, por Maurice Donnay y Lucien Descaves.—*Paris*, por Emilio Zola.

SECCION GENERAL: *Los frailes y las monjas en Portugal*, por Nicolás Díaz y Pérez.—*Educación e instrucción*, por Francisco Navés.—*Entre jaras y brezos*, por Aurelio Muñiz.

SOCIOLOGÍA

¿Es compatible la pena propiamente dicha con las soluciones de la antropología y de la sociología criminales?

En todas las épocas, en más ó en menos, se ha hecho uso de dos categorías de medidas contra los autores de actos considerados como delitos. Y no solamente es esto así en el presente, sino que esta dualidad está hoy más que nunca acentuada.

Por un lado, aplicación de *penas* propiamente dichas; por otro, empleo de *medidas* de protección y de preservación social.

Caen bajo la sanción de las penas:

1.º Los individuos que concluyen por haberlas merecido en razón de su voluntad libre y espontánea en el momento de la ejecución de sus actos (tal es, en general, la doctrina de los partidarios del libre albedrío);

2.º Los hombres normales ó aquellos que se reconcilian estrechamente, y en favor de los cuales no se pueden invocar circunstancias capaces de servir de base al empleo de un tratamiento tutelar (tal es, en general, el sentimiento de los penalistas deterministas);

3.º Los delincuentes llamados incorregibles ó inmejorables.

En cambio se reservan habitualmente las medidas de protección a los niños, á los alienados y, en general, á los delincuentes llamados irresponsables y de otros miramientos «interesantes», es decir, aquellos cuyos actos punibles se presentan como un producto necesario de causas naturales y de las que por otra parte puede esperarse algún mejoramiento del excelente empleo de las medidas apropiadas.

Hay, pues, como dos clases distintas de derecho penal, ó como dos direcciones diferentes de la misma función social.

A la una corresponde el tratamiento estrictamente penal, basado en el empleo de las penas tradicionales, medios dolorosos y rigurosos que respiran odio y que se aplican á los delincuentes en una medida y proporción muy variables por haber sido delincuentes y únicamente después de serlo.

La otra engloba el conjunto de los tiernos cuidados que se prodigan á los infortunados que los necesitan, haciendo para el porvenir, si es posible, seres mejores y más útiles, socialmente hablando, que no lo fueron en el presente.

Á mi parecer, los partidarios del libre albedrío y de la concepción que se deduce de la penalidad retributiva, pueden sólo hablar lógicamente de las dos categorías que acabamos de nombrar. La primera me parece no puede hallar sitio en la teoría determinista. Sus partidarios no pueden admitir más que la segunda, como les voy á demostrar.

Muchos deterministas—poco más ó menos todos á decir verdad—continúan sobre ese punto permaneciendo tributarios de las viejas ideas penales, cuando formalmente debían protestar de ellas. Para los mismos, es necesario separar las penas propiamente dichas, medidas de reacción social contra los autores de los delitos (lo que en el fondo engloba el sentimiento calificado de *vindicta*), en las medidas de preservación social, inspiradas por las ideas de compasión y de asistencia á los desgraciados.

*
*
*

Es difícil hoy encontrar una persona que no tenga por aceptable la dualidad sobre-expuesta. Algunos ejemplos bastarían á demostrarlo. Sin embargo, pongo al momento separados los defensores resueltos de los antiguos puntos de vista—pues frente á frente de ellos no hay duda posible—para no ocuparme más que de los penalistas que se inclinan manifiestamente hacia la nueva orientación en donde se posesionan como innovadores decididos.

1.º En el último congreso penitenciario de Bruselas, con asentimiento de los señores PRINS, CONTI y otros adeptos al determinismo que se consideran como progresistas, el señor MAUS, *reporter general*, en el momento de la discusión de la cuestión de las sentencias indeterminadas, hizo la declaración siguiente: «*toda idea de tratamiento es incompatible con la idea de pena. Se encierra un loco irresponsable hasta su curación completa: se le somete á un tratamiento. Cuando al culpable se le detiene hasta que haya sufrido en proporción del mal que merece: se le castiga.*» La sección correspondiente del congreso (la 1.ª) vota en asamblea general las conclusiones, empezando así: «en lo que interesa á la aplicación de las sentencias indeterminadas, es preciso distinguir entre *las penas propiamente dichas, las medidas de educación, de protección ó de seguridad* y el *tratamiento de los delincuentes patológicos.*»

2.º Es igualmente antinatural que los penalistas que rechazan el libre albedrío—y, con ellos los que piensan que se puede y debe hacer abstracción de la cuestión tan debatida concerniente á su existencia para establecer las bases de imputabilidad—están muy preocupados de algunos años á esta parte en su marcha hacia la averiguación de una base sobre la cual apoyan la responsabilidad de los delincuentes. Varios escritores están en ese caso: FERRI y la escuela positiva italiana en general, ALIMENA, CARNEVEVALE, LUCCHINI, el difunto POLETTI, LISZT, TARDE, VIDA, etc. Si es preciso encontrar una base á la imputabilidad y á la responsabilidad que resulte, es únicamente porque se considera que el responsable merece el castigo, mientras que el irresponsable no lo merece; que á causa de esto precisa establecer entre ellos una línea bien franca de demarcación. Si esto es para imponer una pena *proprio sensu* y no un tratamiento protector ó curativo, ¿por qué afanarse en saber cuáles son los responsables, es decir, los que lo merecen—y cuáles los que no lo merecen? ¿Se aconsejará informarse de que si los individuos que se les va á someter á un tratamiento, á aplicar medidas de protección,—los locos y los niños, por ejemplo, son ó no responsables y en qué grado?

3.º Los partidarios y prosélitos de la escuela antropológica italiana pasan por ser los

más radicales de los penalistas. Y, sin embargo, entre ellos persiste el dualismo que es de regla en los penalistas clásicos entre la pena propiamente dicha y el tratamiento ó las medidas de protección.

Independientemente de la prueba antes mencionada, tocante al fundamento de la imputabilidad independiente del libre albedrío, puedo citar algunos autores.

GAROFALO, por ejemplo, se muestra terriblemente duro con los delincuentes no alienados, hasta el punto de rehusarles el derecho de diferir de los otros hombres, de quitarles toda simpatía y de pedir frecuentemente en contra suya la aplicación de la pena de muerte y otras diversas. En cambio, no puede resolverse á solicitar contra los locos—aun en nombre de la selección—el empleo, ya de la pena capital, ya de otras medidas represivas de defensa social, á las cuales hace con frecuencia llamamientos contra los criminales no alienados. ¿Por qué? Porque, aunque no lo diga y aun afirme lo contrario, en el fondo de su alma (quizá más que en el fondo de su pensamiento) se encuentra la idea, señora y dominante, de que hay delincuentes responsables y delincuentes que no lo son; que, por consiguiente, mientras los unos merecen un castigo, los otros merecen la conmiseración y cuidados solícitos y afectuosos. FERRI no parece pensar de otro modo, cuando para salubricar los terrenos pantanosos ó húmedos donde reina la epidemia y para el cumplimiento de otros trabajos públicos donde la salud y la vida están en peligro, reclama, en preferencia á la mano de obra libre, la utilización de los brazos de los delincuentes, teniendo los últimos menos derecho que los otros á las atenciones y miramientos. Lo mismo piensa con respecto á que el condenado se procure él mismo su alimento, estimando injusto que los contribuyentes sobrelleven—independientemente de otras cargas—las que exigen la subsistencia, alojamiento y vestido de los criminales. Así protesta, con tantos otros, de que los habitantes de las prisiones gocen muchas veces de una existencia y un tratamiento preferibles á las de los trabajadores libres. En cuanto á los locos, no se le ocurre la idea de decir lo mismo; y, francamente, dado su criterio determinista, es chocante la razón de esa distinción.

4.º El principio acerca del cual los jóvenes delincuentes *jamás* deben ser objeto de castigo, sino *siempre y únicamente* de medidas de protección y de preservación, hoy ha pasado al estado de axioma á los ojos de los penalistas pertenecientes á las escuelas y á las opiniones más variadas. Este punto ha sido confirmado recientemente en el congreso de Bruselas citado, en términos tan decisivos como significativos. Todos se pusieron de acuerdo para afirmar «que cuando se trata de la infancia la represión desaparece, dejando el campo libre á la educación. Las nociones penales y penitenciarias *ordinarios son inaplicables á los delincuentes jóvenes*»; lo que prueba que éstos constituyen una excepción, y que la regla general, ó sea la *represión*, debe ser utilizada *para los adultos normales*, á los cuales se aplica las nociones penales y penitenciarias corrientes. Y esto pasa, con una intensidad creciente, en los países tenidos por los más avanzados con respecto á eso.

En Bélgica, Inglaterra y Francia los delincuentes menores son frecuentemente (y se quisiera que lo fueran siempre) objeto de un tratamiento decente «obra de preservación y no de represión»; mientras que los mayores (exceptuando los locos y los irresponsables) son al contrario objeto de rigores penales. En los Estados Unidos, los establecimientos de reforma, como el de Elmira, no reciben, con el fin de mejoramiento (y este fin por una duración indeterminada) más que los criminales jóvenes. En cuanto á los adultos, para corregirlos, se les somete á la represión y son llevados á las prisiones propiamente dichas, donde extinguen las condenas de una duración fija, es decir, de penas verdaderas.

*
**

Á mi parecer, la dualidad sobre la cual acabo de extenderme, debe desaparecer y los criminalistas reunidos en aquel congreso hubieron de pedir su desaparición y esforzarse en purificarla en nombre de la lógica, de la humanidad, de las enseñanzas científicas.

De una vez precisa concluir con las penas, para sólo recurrir, no importa en qué casos, á las medidas de preservación, de curación, de tutela. Á todos los individuos llamados delincuentes, sin excepción, es menester veamos en ellos á unos desgraciados que, como todos los débiles, todos los infortunados, necesitan asistencia y piedad. Por eso, precisa empezar por hacer abstracción de la eterna cuestión de la imputabilidad y de la responsabilidad (involuntaria y necesariamente, ella reduce la idea de que la pena, los rigores y los castigos son merecidos; y, por la misma razón, la idea de venganza, de compensación del mal por el mal). En la actualidad, y con justicia, se pide poner á un lado la cuestión de discernimiento (de otro modo llamada la de su responsabilidad) en atención á los delincuentes jóvenes, y si se formula «que no hay jóvenes culpables, sino únicamente mozos á salvar y á educar», es preciso que mañana se substituya la palabra hombres por la de jóvenes y se diga:

«No hay—y poco importa que haya—delincuentes responsables y delincuentes irresponsables; pongamos á un lado la cuestión de responsabilidad; no veamos en ellos más que hombres en la actualidad incapaces de conducirse razonablemente, que piden les otorguemos nuestra benévola protección y que hagamos en su interés (y por carambola para nosotros mismos) cuanto nos sea posible. Después de todo, si está admitido que nunca se debe castigar á los delincuentes jóvenes, porque lo que necesitan es protección en lugar de castigos, ¿podemos olvidar que los delincuentes adultos han sido también niños y adolescentes? ¿Que entonces su carácter se formó para toda la vida, ese carácter cuyos actos actuales son un producto?»

Mientras el problema de la responsabilidad no esté eliminado del derecho penal, el dualismo de que he hablado subsistirá, y esa rama de la ciencia social no se introducirá en la nueva vía dentro de la cual, según mi opinión, debe marchar resueltamente. La función llamada penal parece no ser otra cosa que lo que es hoy con respecto á los delincuentes alienados y á los delincuentes jóvenes. Á saber: un caso particular de la tutela á la cual estamos racionalmente obligados hacia todos los débiles y los necesitados. De éstos, la manifestación más importante es el criminal; precisamente porque es criminal, es *cæteris paribus*, inferior al que no lo es, y más que éste necesita que se le tienda una mano bienhechora.

Yo repito: ¿hay alguna dificultad en reconocerle en el caso del loco ó del delincuente joven? Sólo hay que extender á todo delincuente las consideraciones aplicables al joven y al demente, en razón de la analogía completa, al punto de mira de sus situaciones respectivas.

Ahora, ¿donde se encuentra, frente los efectos penales, la línea de demarcación entre el delincuente joven y el adulto? ¿Está éste en la susceptibilidad de reforma del uno y en la insusceptibilidad del otro, como se pretende en los países citados más arriba, particularmente en el Estado de Nueva York para enviar á la casa de reforma de Elmira los menores de treinta años y aplicarles un tratamiento conveniente tendiendo á cambiarlos de malos en buenos? ¿Quién no ve lo que hay de convencional, de variable, en una tal limitación? Y sobre todo, ¿cuál es el ser que puede estar calificado absolutamente de incorregible antes que sean empleados todos los remedios con ayuda de los cuales se puede ensayar el levantamiento de un hombre? ¿Ahora que cada día los descubrimientos conducen al ensayo de nuevos medios desconocidos antes (ya físicos, ya psíquicos), con ayuda

de los cuales se corrigen, se tonifican, se regeneran los organismos débiles, decaídos ó deformados

Esa nueva ciencia, *Patología pedagógica* ó *Pedagogía correccional*, no interesa solamente á los niños, abraza también los anormales de todo género y sus miras son el mejoramiento en la medida de lo posible. ¿Los delincuentes no tendrían necesidad de reforma, tanto como á quien la reforma es lo más necesario? ¿No hay, no puede haber algún medio de socorrerlos? ¿Hay que declararse de un golpe é irremediamente pesimistas? No lo creemos. Cada uno tiene, más ó menos, alguna cosa de utilizable. Por otra parte, es preciso tener en cuenta el hecho de que si los penalistas aseguran «que no hay jóvenes culpables, sino solamente jóvenes seres á salvar y á educar», ellos mismos son quienes piden con instancias la elevación del límite de la minoría penal y su distribución de catorce ó diez y seis años, sea á veinte, á veintiuno, á veinticinco, á treinta años (como en Elmira). De donde resulta, á mi parecer, la posibilidad de que el límite de treinta años, una vez alcanzado para todos, se aspire á fijarlo á treinta y cinco, después á cuarenta, después á cincuenta, hasta que, finalmente, se suprima toda distinción entre delincuentes menores y delincuentes mayores, reconociendo así que ni los unos ni los otros merecen ser castigados, sino que todos tienen necesidad de ser protegidos.

La hipótesis nada tiene de inverosímil; á mi sentir, muy al contrario. Está claro que, si llega á realizarse, este día la función de castigar propiamente dicha, habrá desaparecido con las reglas correspondientes. La función de castigar se convertirá en una rama de la función pedagógica, la rama correccional; las reglas correspondientes á un capítulo, aunque muy extenso, de la ciencia recientemente llamada *Patología pedagógica*. Los locos por una parte, los delincuentes normales por otra, podrían ser objeto de una discusión análoga á la que acabamos de exponer respecto de las relaciones entre delincuentes jóvenes y delincuentes adultos y sus modos de educación respectivos. Y mejor idéntica discusión podría ponerse sobre los sanos y sobre los enfermos de espíritu; á los responsables y á los irresponsables. Hacemos punto final para no prolongar demasiado este escrito.

* * *

La innovación que acabo de preconizar me parece de todos aceptable. Los partidarios del libre albedrío, pueden hacerse á un lado si consideran que el delincuente, precisamente por serlo, y aunque se tratase del hombre más perverso, no deja de ser un desgraciado, teniendo derecho como tal á toda nuestra simpatía; que no es lícito, ni humano y por añadidura racional, tratar con aversión y dureza (lo que supone la pena *propio sensu*) á aquellos cuya conducta prueba una capacidad menor que la de la masa para dirigirse en la vida sin la asistencia de otros.

Pero son ante todo los penalistas que reconocen la influencia de la causalidad natural en el delito quienes deben hacer esa innovación si quieren ser lógicos.

Si es verdad que, gracias á las investigaciones de la antropología y de la sociología criminales, se hayan rendido y se rinden de día en día ante la evidencia de que el delito es un lazo muy complejo, resultado inevitable de factores innumerables, y que el agente del delito, lejos de ser la causa y el verdadero autor, es sólo una víctima de la resultante de estas influencias, la necesidad de luchar contra las causas que engendran la criminalidad, de defender y proteger los delincuentes contra su acción al medio, se impone un tratamiento apropiado como consecuencia indefectible. ¿No es así como se argumenta para excluir de una manera absoluta el empleo de penas hacia los dementes y los delincuentes jóvenes y para pedir que se les someta siempre á medidas de corrección y de

tutela? ¿Es que por casualidad el determinista sería capaz de no hacer extensiva esa argumentación á todos los casos de delitos, en las que intervinieran jóvenes ó adultos, alienados ó no alienados?

Finalmente, es preciso advertir que el sistema de la Pedagogía correccional de los criminales, no excluye las medidas de rigor. Se podrían usar (felizmente, cada vez con menos frecuencia) como se usan en toda clase de pedagogía y de educación.

Pero estas medidas—*ultimum subsidium* de hombres inteligentes—tanto más raras cuanto que los que las emplearan fueran más inteligentes, son no penas, maneras de reacción contra el delito cometido; siendo parte integrante del sistema de protección.

En los establecimientos donde se *trata* y corrige á los niños se acude á veces á las medidas de rigor, sin considerarlas como penas. Así es que, no son penas mayores las de la naturaleza y en el sentido con que se les aplica á los delincuentes, sino simples medidas de educación, los rigores á los cuales recurren de vez en cuando para corregir á sus hijos padres tan juiciosos como llenos de bondad.

PEDRO DORADO.

IDEAS PROPIAS

Cansados estamos ya de oír afirmar que el trabajo es impotente para luchar con el capital.

Cree la inmensa mayoría de los hombres, que el capital es la providencia del trabajo, y que todo cuanto el obrero intente para luchar contra la tiranía de los explotadores de su fuerza, resultará contraproducente, ya que los poseedores del capital tienen reunidos, en sus manos acaparadoras, cuantos elementos son necesarios para reducir á la obediencia y mantener en perpetua servidumbre á las masas del pueblo productor.

«Sin el capitalista—suelen aseverar los partidarios de lo existente—, sin el burgués que anticipa los medios y elementos necesarios para que la fructificación del trabajo sea posible, ¿qué sería de los obreros? ¿Acaso la tierra produce instantáneamente las cosechas? Todo esfuerzo de trabajo, antes de ser convertido en producto disfrutable, pasa por un largo período de gestación laboriosa.

Hay, pues, que creerlos á ellos; si el capital no contuviera en sí la virtud maravillosa y salvadora de sostener á los obreros, factores humanos del trabajo, toda empresa de producción complicada, todo sementero á cosechar á largo plazo, sería imposible y jamás hubiéramos llegado al grado preeminente de cultura y bienestar social en que vivimos, pues si se produce del modo asombroso en que actualmente se produce, esto se debe en un todo á la existencia del capital, providencia verdadera del trabajo, y, por lo tanto, digan lo que quieran los contrarios del régimen, el capitalismo no es el reinado de la explotación del hombre por el hombre, sino el de la justicia remuneratoria. El socialismo—prosiguen—quiere suprimir el capital, olvidándose neciamente de que sin capital no sería posible la existencia del género humano. El capital, pues, hará bien de resistir las exigencias suicidas que deseen imponerle los trabajadores mal aconsejados por la insensatez revolucionaria del radicalismo perturbador.»

Nosotros, claro está, cuando tales cosas oímos, nos quedamos estupefactos, porque, cuidado que se necesita estupidez ó suma de mala intención para asegurar así, sin más ni más, de golpe y porrazo, que el socialismo desea la destrucción del capital...

No, señores individualistas; el socialismo no quiere destruir el capital, sino sencilla-

mente suprimir los capitalistas; porque, aunque esté firmemente seguro de que el capital no es la providencia del trabajo, ni mucho menos, sabe muy bien que el trabajo necesita de la ayuda del capital, como el padre necesita de la ayuda del hijo para desenvolverse con mayor esplendor.

El capital es una palanca poderosa forjada por el trabajo, palanca formidable capaz de volver de arriba abajo el universo puesta en las manos del trabajo; pero esa palanca poderosa, esa gran palanca nada vale si el trabajo no la pone en movimiento. El capital, pues, entiéndase bien, es algo así muy semejante á un yacimiento de fuerzas adormecidas que sólo esperan el impulso soberano del trabajo para despertar y ponerse en movimiento.

El capital por sí solo nada puede ni nada vale, es un elemento susceptible de reproducción, pero no reproductor.

El capital decrece, pero no aumenta su valor, y toda su importancia dominadora debela el capital al trabajo, de cuya savia vive y se alimenta.

El trabajo es creador por naturaleza, es el germen de la vida, el impulsor de todo movimiento, armonía y vibración, el engendrador del capital, en fin.

Y siendo esto así, como lo es irrefragablemente; siendo el trabajo el progenitor augusto de cuanto existe en el mundo en sus tres formas de inorgánico, orgánico y supra-orgánico, ¿se nos quiere decir dónde está la lógica en que pudieran informar sus extraños razonamientos cuantos aseguran que el capital es la providencia del trabajo?

No, la providencia del trabajo no es el capital, porque el trabajo es algo tan grande, tan soberanamente grande—lo único grande y soberano—que para desenvolverse no necesita de extrañas providencias.

Siendo el capital lo *pasivo*, lo *creado y yacente*, y el trabajo lo eternamente *creador*, *activo y prepotentísimo*, no puede, en manera alguna, ser el capital la providencia del trabajo. El trabajo es la *causa mater* de la existencia universal en todas sus innumerables manifestaciones, y el capital es, sencillamente, simplemente, uno de los infinitos efectos emanados del trabajo.

Pretender que el efecto domine en absoluto á la causa, es perseguir un absurdo imposible, y á eso tienden cuantos, por el solo hecho de hallarse en posesión del capital, *efecto del trabajo*, se obstinan en mantener, en forma perdurable, la esclavitud explotadora de la fuerza del trabajo.

¡Resistir el capital las imposiciones del trabajo! ¿Quién soñó jamás en tamañas audacias imposibles?

Si el capital es lo *pasivo*, lo *inerte* que espera el impulso de fuerzas extrañas para ponerse en movimiento y poder producir efectos saludables; si el capital es el Lázaro sin vida y el trabajo el Jesús omnipotente, ¿se nos quiere decir de qué y para qué serviría ese capital que tanto engríe la soberbia de sus faluos poseedores, si la voz del trabajo, vivificador tan maturogo de todo lo yacente, no llegara hasta el capital para pronunciar el maravilloso: *levántate y anda?*...

Sin embargo, nosotros—ya lo hemos dicho anteriormente—no deseamos la destrucción del capital, sino la desaparición de los capitalistas. Anhelamos que el trabajo, causa originaria de todo producto, satisfacción y riqueza, se sirva libremente de todos sus efectos para producir, con exuberante abundancia y hermosa perfección, la felicidad del género humano.

Queremos que el capital pertenezca al trabajo, ya que de trabajo acumulado se constituye. Perseguimos, en fin, la redención del capital por su universalización bienhechora.

«Que el capital trabaje y que el trabajo posea», esto dicen muchos socialistas republicanos de Francia. Y nosotros, yendo más allá, llegando á las consecuencias más radicales, queremos que el trabajo disponga, discrecionalmente, libremente del capital, para así acabar de una vez y para siempre con la explotación del hombre por el hombre.

Tales son nuestros propósitos vehementísimamente anhelados, y por más que los adversarios del socialismo se esfuercen en desfigurar capciosamente el valor de las cosas y la esencia de los principios emancipadores, no conseguirán eclipsar los vivísimos fulgores con que centellea, apoderándose de la conciencia humana, la clara visión sociológica de un porvenir redimido de paz y de justicia, porvenir feliz en que el trabajo, primando y determinándolo todo, será la modificación del derecho y el único medio eficaz y razonable, justo y liberalísimo para relacionar al individuo con la sociedad y viceversa, ya que del trabajo, puro manantial de bienes sociales, brota la fuente inagotable y perenne de todas las libertades, de todos los goces y fruiciones sociales y aun de la propia fraternidad.

DONATO LUBEN.

EL EPILOGO DE LOS ATENTADOS

«The spirit of murder is in society», Tennyson.

La humanidad es una danza macabra bailada alrededor de mitos, ídolos y abstracciones. Ignoramos la finalidad de nuestra existencia y nos sugestionamos una fe en las misiones colectivas, como el comerciante pone una etiqueta sobre el paquete que contiene una mercancía de dudoso valor. Queremos creer en algo, porque nos parece que la vida sin ideal, es una vida vacía, una vida-esqueleto. Y sin acordarnos del célebre aforismo, «nada nuevo hay debajo del sol», queremos modificar la sociedad como si fuera un pastel de arcilla. Tal vez, el siglo xx ha de ser el siglo de las utopías y de los utopistas, teniendo la heroica misión de cortar los nudos gordianos que ha heredado del siglo anterior, y esta herencia constituye una imposición histórica que nos ha de obligar á asistir á terribles sacrificios humanos.

La conciencia moral de la humanidad, como entidad colectiva, es un mito, siendo en esto tal vez un espejo de la impersonalidad de la naturaleza exterior. La dualidad entre lo ético colectivo y lo circunscrito de todo sistema individual, es una prueba plástica de la negación del bien en la lucha por la existencia. Los proteccionismos nacionales, el sello trágicamente feroz del patriotismo, el odio al enemigo del país, son reflejos de la inmoralidad propia del interés del mayor número.

Los sacrificios humanos practicados por las religiones primitivas, se han perpetuado á través de las edades, porque en todos los estados de conciencia colectiva, ha sentido la necesidad cruel de sacrificar algo ó á alguien.

Si Marco Aurelio hubiese tenido la visión profética hubiera podido explicarse la necesidad de los martirios que su pueblo le mandaba aplicar á los cristianos con el hecho posterior de los autos de fe, con que los católicos españoles é italianos debían purificar por fuerza el alma de los herejes.

Este espíritu de sacrificio que se reproduce en la horrible y sublime tragedia de la revolución francesa, la hallamos de un modo vital en la creación de los ejércitos permanentes que la mesocracia ha hecho para la defensa de sus privilegios. ¿Es posible, por

ventura, calcular el mal que la conscripción ha hecho en la Europa contemporánea? ¿Y qué hay que decir de las guerras coloniales?

Todo el sistema político que sirve de armazón a las naciones modernas, es una consagración del «espíritu del homicidio» del sacrificio humano, resultando evidente la inutilidad de las lucubraciones de los ideólogos enfrente de la realidad infame.

La vida se encarga, con tiranía soberana, de desmentir nuestros sueños más bellos, nuestras aspiraciones más altruistas.

La injusticia es, y ha sido, la base de toda sociedad, y las llamadas conquistas modernas del derecho, son fotografías ridículas y pálidas del fuego de nuestros deseos.

Si ningún individuo saliera del umbral de su casa, la revolución social se hubiera hecho por sí misma; pero así que salimos y tenemos que satisfacer una necesidad de comercio social, la injusticia se apodera de todo nuestro vivir.

Somos prisioneros de nuestro yo, y no ha venido aún al mundo el hombre que hiciera una perfecta vivisección de su egoísmo.

Habrán, ciertamente, hombres excepcionales que contemplarán la vida y la sociedad a través de la óptica del propio holocausto; pero si se conociera bien el mecanismo de su psicología, se vería que sus actos están en parte basados sobre una deleznable contingencia.

La posteridad ha apreciado distintamente a Bruto, que «odiaba la tiranía», y a Casio, que odiaba a los tiranos»; pero para la humanidad ha sido tan inútil el acto de Bruto, que era todo amor, como el de Casio, que era todo venganza.

Los Brutos y los Casios se han reproducido y se reproducirán siempre; pues a cada cambio de postura de la sociedad, la injusticia hará nuevas víctimas, el pueblo sacrificándose por héroes, los idealistas sacrificando a los hombres de grande estrella, que buscan en las muchedumbres sendos pedestales para su ambición.

Como decía Etiévant, se necesita más valor para vivir que para morir, y de todos los fenómenos más terribles, entre los que integran las luchas políticas y sociales, el mayor es la solidaridad entre el déspota y la masa irreflexiva.

Todas las veces que una unidad fuerte y representativa del sistema social presente cae víctima de un desesperado activo, vese el mismo fenómeno; la plasticidad dolorosa de la ejecución hace olvidar toda la sangre derramada, todos los sufrimientos acumulados en las capas superpuestas de los desheredados. Todos se olvidan de que el sacrificado representa una polaridad política, cuya destrucción es inevitable para el libre desarrollo de las energías futuras; no ven que el esplendor de una clase poderosa esconde una escuela de sufrimiento; los espíritus liberales detienen la propia expansión y coagulan la sangre de sus aspiraciones.

Cada ciudadano oye sólo el instinto de la propia conservación que le hace renegar de la libertad del prójimo.

Tales paradojas, irónicamente vitales, se reproducirán siempre que haya una lucha entre un ideal, en estado de nebulosa, y los intereses de una sociedad con tendencia a petrificarse.

Las formas podrán variar, las fuerzas serán idénticas. De este choque ha de aprovecharse sobremanera el psicólogo social, aquel que conservando la serenidad del profeta, subjetiva vigorosamente todas las luchas de la naturaleza exterior y del mundo social. Así como el psicólogo ve que es inútil el tiranicidio a causa de la complicidad de la masa con el Señor ó Jefe sacrificado, así también se convence de la nulidad de las persecuciones contra una idea que responde a una necesidad social de un período histórico determinado

Los ideales calificados de utópicos no tendrán ningún valor real si no estuvieran alimentados por el sufrimiento de una gran parte de la sociedad.

La exteriorización del sufrimiento actual es ajena á las instituciones políticas, y no es difícil prever que la necesidad de satisfacer el hambre del estómago, junto con la sed de justicia, será la venida del río que ha de destruir las vallas de las instituciones políticas.

La descomposición se dará la mano con la crueldad, el sacrificio irá seguido de la represalia; la sociedad habráse transformado en su forma política ó en su base económica, el «spirit of murder» de que hablaba tristemente el poeta inglés, vivirá inmortalmente en su seno, regando el planeta con lágrimas y sangre, todo tal vez inútil, pero todo necesario é inevitable.

La tiranía vivirá con su prestigio de crueldad, y la libertad deberá desbrozar el bosque de la miseria sin hacer caso de las víctimas que dejará detrás, y quizá vengan perfordos en que los que en un tiempo fueron mártires de una idea liberal, sean á su vez martirizadores de otros profetas y santos de la voluntad.

¿Cuántos crímenes tendrán aún que cometer los que hasta ahora se han llamado liberales, contra los ejecutores sociales que viven en el germen de una vida social futura?

¿Y cuántas pirámides de voluntades sacrificadas construirán los socialistas con su superstición de la omnipotencia del Estado? ¿Qué de sacudidas no deberá sufrir la sociedad antes que el individuo pueda medirse de potencia á potencia con la colectividad?

¿Cuántos habrá que actualmente se llaman socialistas, colectivistas, comunistas, que tal vez sientan intenso y hondo escalofrío ante los partidarios de la ultra-expansión de la individualidad?

No conoceremos nunca la realidad; la verdad será siempre un enigma, y como todas las verdades aparentes tienen un martirologio, la realidad social será eternamente una combinación de fuerzas opuestas entre sí.

El análisis de la sociedad bajo el prisma de la psicología, trae consigo el peligro de caer en el escepticismo para los contemplativos, ó en el oportunismo para los ambiciosos. Ambos efectos pueden hacer huir de la contienda, pero en medio del resultado negativo de las luchas sangrientas, tal vez lo más positivo es el fruto de la reflexión del filósofo que proporciona nuevas semillas á los futuros luchadores.

Nada vil hay en la casa de Júpiter, como decía Spinoza, y quizá necesitamos la injusticia de arriba para convertirnos en Quijotes de un ideal fuerte en locura, si bien de fe algo incierta.

Tal es el embrutecimiento de la masa castigada por el alcoholismo, condenada á la sumisión y que disciplinada en fuerza de sufrimiento, sólo sale de madre en un momento de epilepsia intermitente, de cuya sedación se aprovecha siempre el más cínico y más audaz.

Desgraciadamente, el tiempo se encarga de mustiar muchos ideales y de apagar muchos ardores, y es muy difícil para las misiones de redención colectiva establecer una fe y un procedimiento que lleven al triunfo.

Nos encontramos siempre con el eterno dilema: la fuerza expansiva del individuo y la retractilidad de la masa instintivamente conservadora.

Hay que reaccionar ante el desfallecimiento de la multitud incolora é indecisa, y procurando apoderarse de las conclusiones de la ciencia, ir derecho á la consecución del ideal, derribando los obstáculos de arriba y despreciando la mansedumbre de abajo.

JAIME BROSSA.



CIENCIA Y ARTE

CRÓNICA CIENTÍFICA

El problema de la navegación aérea.—El motor Krebs.—Mirada retrospectiva.—Novedades científicas: contra la malaria.—El empleo del acetileno.—La planta que bebe.—Las promesas de M. Nikola Tesla.

Estamos de enhorabuena; se anuncia que el comandante Krebs está á punto de producir un motor extra-ligero, apenas cinco kilogramos por caballo de vapor. Confírmese la noticia, y el problema de la navegación aérea, de la aviación, por supuesto, se resolverá al fin.

Este problema, en efecto, se ha concretado en la actualidad á la cuestión de motor, como por nuestra parte lo hemos declarado netamente en cuantas crónicas nos hemos ocupado de este problema de un interés tan palpitante.

Plácenos rendir homenaje al talento, á la perseverancia, á la bravura personal del joven aeronauta brasileño; pero sea francés, brasileño ó chino, no podemos, bajo pena de cometer herejía científica, dar como resuelto un problema que no lo está. ¿Para qué? ¿Á qué prepararnos decepciones penosas, dejándonos arrastrar por un optimismo que nada justifica? Ya sé que muchos persisten en considerar la cuestión como virtualmente resuelta; pero esta opinión se ha expresado siempre por los optimistas después de cada experimento más ó menos satisfactorio. Encuétranse en sus descripciones los mismos argumentos con el mismo lenguaje.

Véase lo que describía Luis Figuier después de los experimentos de los hermanos Tissandier en 1883: «Para gran número de personas la navegación aérea es ya un hecho. Para algunos investigadores y sabios queda como estaba hace ya mucho tiempo: era un asunto de detalle y de tiempo; pero esos detalles tienen grandísimo alcance: abrazan la forma definitiva del globo, la disposición de la barquilla, y, sobre todo, la del motor.»

¡Ah, el motor! Á pesar de cuanto se ha trabajado, estamos donde estábamos hace diez y ocho años. El motor empleado por MM. Tissandier era, no obstante, de los más ligeros: se componía de un propulsor de dos paletas helicoides, de una dinamo Siemens y de una batería de pilas eléctricas al bicromato. Para la época era lo mejor que pudo hacerse.

Á propósito de estos mismos experimentos, un periódico de París publica un excelente artículo, firmado Arsenio Alejandro, del cual tomamos la parte descriptiva:

«Desde Auteuil, escribe el autor nombrado, donde su taller está instalado, 84, avenida de Versalles, los Sres. Tissandier se elevaron á las cuatro y veinte de la tarde. El aerostato evolucionó á derecha é izquierda de la línea del viento; varias veces remontó durante algunos minutos la corriente aérea; pero, como habíamos previsto, esta corriente se hizo demasiado fuerte para permitir la vuelta al punto de partida.

»Después de haber atravesado París, los Sres Tissandier detuvieron su máquina eléc-

trica, y el globo tomó la dirección del SE. El sol llegaba á su ocaso cuando se hicieron nuevas maniobras de dirección en las alturas de los alrededores de Boissy Saint Leger, que tuvieron un éxito feliz, efectuándose el descenso en Marolles-en-Brie, á las seis y veinte.

»El viaje duró, pues, dos horas.

»Conviene añadir que durante toda la ascensión el aerostato se mantuvo á la misma altura, es decir, de 400 á 500 metros.

»Como se ve, este experimento, aunque no haya sido ejecutado en condiciones tan brillantes, y sobre todo, tan favorables como las del capitán Renard, no es menos digno de ser inserto en los anales de la ciencia.»

Los experimentos de Renard y Krebs y otros intentados después por audaces aeronautas, han sido más concluyentes que los de los hermanos Tissandier, y á cada uno los optimistas han proclamado la solución del problema. No nos dejemos arrastrar por el entusiasmo y abstengámonos de tomar nuestros deseos por realidades.

Venga el motor Krebs que se nos anuncia, y quizá entonces podamos entonar el himno de triunfo.

* * *

Un profesor italiano, el Dr. Grassi, acaba de inaugurar la profilaxis contra la *malaria* por medio de las píldoras de exanofolina.

Las Revistas médicas que refieren los experimentos verificados al efecto, declaran unánimemente que los resultados han sido excelentes.

* * *

Una conferencia internacional celebrada recientemente en Otten (Suiza) ha adoptado un plan de reglamentación uniforme para el empleo del acetileno. En lo sucesivo, únicamente serán permitidos en la Confederación helvética los aparatos en que el carbono cae ó es echado al agua.

En esta conferencia los profesionales han demostrado los progresos del alumbrado por el acetileno, insistiendo en que este sistema, con ciertas medidas de precaución, no es más peligroso que cualquier otro.

* * *

Un naturalista americano, M. Suverkrop, ha descubierto recientemente en el interior de la República Argentina una planta excesivamente rara, que brota aislada en las orillas de algunos afluentes del Plata: del centro de la corola sale un tubito capilar, flexible, con el que la planta extrae el líquido que necesita para vivir, sobre todo en tiempo de sequía; una vez terminada la operación, el tubo se levanta por sí mismo y se arrolla en el fondo de la corola.

El Museo botánico de Filadelfia posee algunos ejemplares de «la planta que bebe», ofrecidos por M. Suverkrop. Estos ejemplares son otros tantos argumentos vivos en favor de la sensibilidad relativa de los vegetales.

* * *

El famoso Tesla, el inventor montnegrino, naturalizado americano, ha comprado recientemente en Long Island un terreno de dos hectáreas para entregarse á grandiosos experimentos sobre la telegrafía sin hilo, y anuncia que va á construir una instalación eléctrica capaz de desarrollar una fuerza que permita comunicar con cualquier punto del globo terrestre por el procedimiento de las ondas hertzianas.

M. Tesla, que ha prestado ya eminentes servicios á la ciencia, ha tomado, de algún tiempo á esta parte, una mala costumbre que le censuran muchas Revistas científicas inglesas y americanas: la de anunciar anticipadamente maravillas que suelen quedar luego en estado de proyectos.

Tal vez el presente caso sea una excepción de la regla.

Así lo deseamos.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

CASOS PATOLÓGICOS

Si Dostoyusky es más intenso que Tolstoi, éste es más artista que aquél. Si el autor de *Crimen y castigo* nos muestra las torturas angustiosas de un espíritu moderno, ya por aparecer víctima del ambiente social, ya por hallarse desesperado ante la irrealización de sus ideas, extrae de ello, sin embargo, un sentido que se hace incomprensible, por no decir inaplicable, á la humanidad general. Si Dostoyusky emociona hondamente y produce espanto, ello es debido al carácter de su psicología misteriosa que llega al delirio y á la visión. El misterio engendra el terror. Tal sucede en la tragedia griega, en la que la fatalidad asume papel tan importante. Dostoyusky es, empero, lúcido y á la vez obscuro; mas no deja reflexionar serenamente sobre sus obras. Se complace con exceso en la psicología de análisis, que sirve únicamente para despertar emociones, en lugar de nociones al lector. Entra en detalles minuciosos y *fieles* para producir la impresión de la *verdadera realidad*. De vez en cuando presenta tipos de una extraordinaria pasividad de ideas y de una sorprendente actividad de sentimientos. Los tales viven sólo de afecciones espirituales, y algunos los consideran, á causa de su emotividad alambicada, como seres excepcionales y refinados. Nada más erróneo. Esas almas residen en personalidades enfermas é incompletas, pues el espíritu sano y superior se manifiesta en elevación de ideas y nobleza de sentimientos, realizándolos espontáneamente en la vida activa y reflejándose en los actos y en las obras.

Tolstoi es más claro y más sereno que Dostoyusky. La serenidad significa un estado superior á la felicidad. La primera envuelve lo consciente y la segunda lo inconsciente. La superioridad de Tolstoi sobre Dostoyusky, en cuanto á arte, se descubre en el hecho de que su psicología es *plástica*, por decirlo así. Solo con un rasgo Tolstoi pone de manifiesto la situación dramática de un alma. Al mismo tiempo, gracias á un arte mágico, sugiere la visión externa de un individuo, en términos de que no podría trazarlo en un cuadro, pues realmente da la sensación de lo visto. Esto lo efectúa también de una plumada ó con frase concisa. No entra en la descripción minuciosa. Tiene la simplicidad de Sófoeles. Recordaréis, por ejemplo, que en *Resurrección* habla de un loco, y para darle figura plástica, sólo dice que «sus cejas y párpados se movían incesantemente». No expresa más y la visión es perfecta. De agregar otro detalle, hubiera obscurecido el conjunto. Para la idea moral de la locura, hace también balbucear al individuo en cuestión una sola frase, que siento no recordar, y el lector queda vivamente impresionado por la exactitud de la tragedia fisiológica. Ciertamente que en su psicología Dostoyusky ofrece significación moral, pero ésta es más de pasión que de acción. De todas maneras Dostoyusky aventaja á todos los psicólogos franceses, si exceptuamos á Stendhal, que escribió *Le Rouge et le Noir*, obra atrevidamente revolucionaria y modelo de psicología moral.

El autor de la *Casa de los muertos* no tiene, sin embargo, la trascendencia social de

Tolstoi. Le falta lo que en Filosofía llaman comprensión sintética, hacer que toda idea nueva asuma una amplia concepción sistemática. El autor de *La esclavitud moderna* presenta la colectividad enfrente del individuo, desarrollando luego el drama que ocasiona el conflicto entre los deberes de ambos. Después de analizar el espíritu de sus personajes, Tolstoi hace una crítica moral sobre sus actos, sólo con el arte. En esto reside la mayor importancia del escritor eslavo. Fácil es puntualizar sensaciones y emociones, diciendo este hombre siente así, se irrita de tal modo, goza en este sentido, padece de tal manera; pero muy difícil es buscar las causas morales é ideológicas, dilucidando las responsabilidades que incumben. Claro es que no debe realizarse esto por vía de comentarios escuetos y fríos, sino por el mismo desarrollo del asunto, presentando de suerte que uno pueda colegir la razón de *nuestros pasos*. Zola ha mostrado el mundo metafísico, cual realidad inmutable, por el que inconscientemente bucean los hombres, y ha utilizado para ello el conocimiento científico. Todos los grandes autores tienen más ó menos lo que podríamos llamar ciencia de la vida humana. Goethe reina en la cumbre de las inteligencias, á pesar de sus conatos burgueses, por la libertad que impuso á la dirección de su pensamiento, y sobre todo, por la filosofía de los movimientos del espíritu. Ver, oír, sentir y pensar, creando: tal fué su misión.

Mucho me place el criticismo psicológico de Tolstoi, porque no se limita sólo al análisis de los espíritus enfermos, sino que señala el origen de su enfermedad y busca los medios de curación. No obstante, cuando la dolencia es crónica y absoluta, como ocurre con frecuencia, se llega á lo que en Medicina llaman el caso patológico. Error grande ha sido entre autores de corto alcance tomar como tipos superiores á ejemplares morbosos, dedicándoles toda la agudeza de su observación psicológica.

Aun cuando ésta se ha operado en ciertos sentidos y en todas las esferas, se ha olvidado mucho la parte correspondiente á los soberanos, que hoy día forman un perfecto caso de patología, que entraña cierto peligro para la infortunada humanidad. Quisiera ensayar algo en su esclarecimiento por lo que adopto el sistema de Tolstoi; y esto explica la disquisición precedente sobre tendencias y cualidades psicológicas.

Poca importancia tiene lo escrito por el holandés Couperus en su novela *Majestad*, pues no entra en la verdadera especulación moral (ideas, actos y sentimientos) y sigue con harta fidelidad el procedimiento *femenino* de Bourget. El monarca que aquél presenta es demasiado infantil y sentimental, y reúne muchas condiciones, aunque no todas, de las que caracterizan el caso patológico de su especie. El hecho favorable es que no se deja deslumbrar enteramente por el aparato ilusorio del medio imperial. Antes elio le fastidia por vencimiento fisiológico y tiene buen corazón aunque le falta decisión.

Actualmente el soberano pasa á la categoría de fantoche. Lástima que, como antes he dicho, sea éste dañino, pues los *simples* mortales, de lo contrario, nos reiríamos á sus expensas. El endiosamiento prematuro impide el perfeccionamiento del monarca. Forma de sí propio un concepto sobrenatural y la cualidad de su espíritu, salvo las apariencias, es inferior á la de los demás hombres. No obstante, aparece á menudo guiado por estratagemas políticas y religiosas. Su educación no tiene consistencia y se hace inútil. No le sirve siquiera para vivir, pues necesita de criados y de consejeros, de ministros y de generales, para que le formen la vida propia. Además de inculcarle sentimientos dogmáticos, prejuicios sobre honor, poder y realeza, le atiborran el cerebro con profusa inanidad de conceptos sobre historia, política, milicia y urbanidad, y éstos se acompañan de apreciaciones tan absolutas y de ideas tan fosilesadas haciéndosele tal presión para que las juzgue como axiomáticas é inapelables, que se llega á formar en él una estructura mental

que sólo le permite una visión falsa de la vida, distinguiendo la forma en vez del fondo de las cosas, la apariencia en lugar de la esencia de los hombres. Atrofiado en él todo espíritu crítico, perdida ya toda facultad de libre examen, su cerebro tiranizado y agotado no encuentra nunca la energía necesaria para concebir una idea nueva ó propia. Gracias aún si puede recordar las que por interés se le imbuyeron y á viva fuerza.

De aquí que el soberano de hoy sea un individuo vacío y superficial, que carezca de verdadera vista interna, necesitando de la excitación de los espectáculos exteriores para distraer el aburrimiento innato. De ahí también su amor por las condecoraciones, los trajes, la etiqueta y el fausto. Gusta de los disfraces morales y materiales, y su existencia termina como una mascarada pomposa y sin genio. Su acción depende de la convención. Sus actos generalmente están trazados de antemano y carecen por ello de toda espontaneidad y de todo sello personales.

El derecho establecido tiene para él una virtud casi divina, y la sola discusión del mismo para su juicio inerte, es un acto de sacrilegio infame. La existencia tradicional es para él la encarnación de la verdad suprema. Su aspiración ferviente es lograr el deslumbramiento y el acatamiento de las almas pueriles, de los cerebros sencillos, de la multitud ignorante. Estos se dejan asombrar por el brillo falso de sus uniformes de histrión, por el derroche escandaloso y el lujo sobrecargado de sus fiestas, por la exhibición periódica de su figura en fotografías retocadas.

La vida ociosa y muelle produce efectos morbosos en el soberano. De ahí que se despierten en él deseos perversos é insaciables y que cometa actos de insania y de maldad. Creyendo vivir en la grandeza de sí mismo, cuando sólo es la grandeza que los demás le otorgan, para disfrutar de instituciones que les favorecen, el monarca siente el delirio de la dominación, sobre todo cuando es absoluto, creyendo que su voluntad ha de ser omnipotente. Quiere que le satisfagan acto seguido los antojos, cuesten lo que cuesten y sean del género que sean. Incapaz de reflexionar un minuto sobre una idea cualquiera, dada la debilidad de su cerebro, se hace impulsivo y quiere realizarla en el acto, si aquélla ha pasado por su espíritu. La impulsividad del soberano, propia de los seres degenerados, es peligrosa y reviste caracteres de locura. Es el resultado patológico de lo que podríamos llamar *delirio del poder*.

¿No es una verdadera insania la orden dada por un soberano indio, haciendo trasladar de sitio é *in continenti* toda una aldea, porque su espíritu lunático é imperioso advertía que no estaba bien situada en el extremo de un valle, debiendo ocupar, en su opinión y en su mandato, el extremo izquierdo? Los habitantes tuvieron que desalojar á su presencia todas las casas, originándose entre ellos una serie de trastornos graves con la desazón de no poder cobijarse en ninguna parte hasta no tener construída la nueva aldea, bien que fuera de fácil edificación, dadas las condiciones domésticas de aquellos países.

Observad á Leopoldo II de Bélgica y le veréis viajar continuamente á París, Niza y Cannes en pos de alguna actriz de café-concierto ó de alguna afamada *demi-mondaine*. El cosquilleo medular le hace descender del pedestal de su realeza.

¿No es también propia de la degeneración la seriedad con que Guillermo II se ocupa de cambiar incesantemente de trajes? Sabido es que su guardarropa contiene cientos de vestidos nuevos y flamantes. Sólo para vestirse necesita de una legión de obreros. ¿No es esto ridículo? Recientemente ha adquirido proporciones de acontecimiento imperial la noticia de que iba á dejarse caer el bigote y crecer la barba. ¿Y su oratoria cursi, abundante de frases sin ideas? Sí alguna exhibe, es nefasta. ¿Recordáis la alocución sanguinaria que dirigió á los soldados de su país, que marchaban á civilizar á los chinos por

medio del asesinato, recomendándoles que acuchillaran á todo enemigo de Europa sin hacer prisioneros?

¿No son propias de un enfermo las contradicciones del espíritu hipócrita y pusilánime de Nicolás II? Nacido entre los atentados nihilistas, su alma ha quedado como despaorida y opaca. Su coronación ha costado miles de víctimas, como por obra de la fatalidad. Su miedo terrible no procede de intranquilidad moral, por las responsabilidades que le incumben, y sí es debido á la eventualidad de que desollen el pellejo autocrático. Lanza la idea y organiza la Conferencia de la paz, en La Haya, haciendo alarde de sentimientos humanitarios, cuando sólo por sospechas envía á la Siberia á millares de súbditos suyos, en quienes lógicamente debía ensayar su pretendido amor humano. Aquel acto revela un egoísmo refinado y de alta política. Nicolás quiere paz internacional, porque una nueva guerra ocasionaría la bancarrota de la Hacienda rusa; y si la ruina tuviera efecto, él y sus parientes perderían sus asignaciones fabulosas y los últimos tal vez no podrían gastar cinco mil francos por una cena en casa Paillard de París. En cambio, la deportación obedece á intrigas y al temor personal de ser asesinado.

¿Qué diremos de Loubet con su radicalismo burgués y su sensiblería oral? ¿Qué diremos del *chantage* venal de Eduardo III, formando parte de sociedades mercantiles y de las minas del Transvaal, para cuya posesión hace degollar á tantos súbditos y transvaalenses? ¿Qué diremos de su corrupción de costumbres y de su vida disoluta?

Los soberanos de hoy, en su mayoría, no son más que la parodia grotesca é insultante de los *Héroes* de Carlyle y de los *Hombres representativos* de Emerson. ¿Cómo los adora el vulgo? El vulgo es vulgo, no tiene cualidades propias y se envanece, por ejemplo, de haber nacido en el país que ha cometido mayores crímenes militares, cuya gloria aún le sirve de orgullo. Ese vulgo es, á veces, el sacrificado por las guerras á que á menudo nos lanzan con locura trágica los soberanos, cuando no obedecen al propósito de favorecer á la alta Banca y al comercio de la nación, que le imponen, por lo general, sus iniciativas. Y Banca y comercio, como he dicho otras veces, son causa de la angustia moderna.

Por lo dicho — y aquí terminaremos — el monarca no atesora ni exhibe ningún sentimiento elevado, pues jamás consentiría el derramamiento inútil de tanta sangre humana. Es un insensato monstruoso que no tiene conciencia de lo que hace y por ello merece figurar entre los tipos degenerados ó casos patológicos. Lo sorprendente es que no se horroriza al oír el clamor agónico de sus víctimas, tal vez porque tapa sus oídos y llena su vientre. En esto también se patentiza la distancia que le separa de los hombres superiores, quienes cultivan con nobleza su espíritu haciéndose morales y justos, escuchando y acatando, como dice Renan, la voz de lo bueno y de lo bello. Y así se engrandecen.

J. PÉREZ JORBA.

LA LUZ

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

MAURICE DONNAY Y LUCIEN DESCAYES

(CONTINUACIÓN DEL ACTO PRIMERO)

SR. FIGUEROLA.—Tu madre no lo comprenderá nunca. En este asunto es irreductible.

DOCTOR.—Ni tengo la esperanza de reducirla; por esto he dejado Madrid, á fin de evitar penas, así como á sus escogidas relaciones el espectáculo odioso de la felicidad de su hijo.

SR. FIGUEROLA.—Tú exageras.

DOCTOR.—Pero no...

SR. FIGUEROLA.—¿Qué quieres? Para tu madre, ante todo están los principios.

DOCTOR.—Yo admito todos los principios, por anticuados que ellos sean; pero pido á los que los ostentan una severa lógica. Y mi madre, que no quiere oír hablar de mi unión con Juana, asiste á la bendición del triste matrimonio de mi primo Teodoro, y con su presencia lo aprueba, lo sanciona.

SR. FIGUEROLA.—¡Pero Teodoro no es su hijo!

DOCTOR.—Razón de más; en cuanto á su hijo y á la mujer que libre y propiamente ha elegido, fuera de toda cuestión de interés, los echa de su presencia como su lacayo y su cocinera.

SR. FIGUEROLA.—Reflexiona; era muy difícil á tu madre tomar partido contra una mujer á quien nada tienes que reprochar, según confesas tú mismo.

DOCTOR.—Sí; mi madre ha preferido mejor tomar partido contra mí que estoy igualmente sin reproches... eres tú mismo que convienes en las dos cosas á la vez.

SR. FIGUEROLA.—En fin, esta discusión la hemos tenido veinte veces, sin que nos convenciéramos el uno al otro y concluimos siempre por quedarnos en nuestras respectivas posiciones.

DOCTOR.—Allí es donde se está mejor.

SR. FIGUEROLA.—¿Te chancas?...

DOCTOR.—No tengo ganas de ello.

SR. FIGUEROLA.—Entre tanto, ¿qué situación la creada entre nosotros? Obligados á no vernos, se vive como extraños, á cien leguas de distancia, y yo sufriendo mucho, muchísimo, porque te quiero; tú no lo dudarás...

DOCTOR.—No, padre; no lo dudo... y por esto me alegro de verte.

SR. FIGUEROLA.—Pronto hará un año que no te había abrazado. ¡Ah! ves tú, Juanito mío, se es muy desgraciado cuando se está separado de un hijo. ¡Éramos tan buenos amigos!

DOCTOR.—¡Oh! lo somos aún, padre, te lo aseguro. (*Se abrazan y luego un breve momento de emoción.*) Pero, puesto que tú no apruebas las ideas de mi madre, porque yo te conozco y sé que no las apruebas, cuando tienes ganas de verme, ¿quién te impide venir á instalarte aquí una semana, un mes, dos meses, todo el tiempo que quieras? ¡Yo soy tu hijo, qué diablo! Y tú sólo habtas de decir á tu mujer: tengo ganas de abrazar á Juan y voy.

SR. FIGUEROLA.—(*Con un arranque.*) Es lo que he hecho: he venido (*volviendo á la realidad*) solamente, no se lo he dicho á Matilde, porque me habría contado un sin fin de historias...

DOCTOR.—(*Sonriendo.*) Y tú quieres tener paz... no te atreves...

SR. FIGUEROLA.—(*Disgustado.*) No me atrevo... no me atrevo... ciertamente, no me atrevo. ¡Ah! se conoce muy bien que tú no sabes lo que es esto; tú que has sido siempre contrario al parecer de tu mujer.

DOCTOR.—¡Ah! sí.

SR. FIGUEROLA.—Sí, pero para ti esto no ha sido de larga duración. ¿Cuánto tiempo? ¿Dos años?

DOCTOR.—Sí, dos años.

SR. FIGUEROLA.—Tú te has evadido del matrimonio, has salvado el muro, en tanto que yo hace treinta años que soporto el carácter difícil de tu señora madre. En fin, hoy

he pretextado un viaje á Zaragoza para venir á verte... Tenía ganas de abrazar á mis hijos.

DOCTOR.—¿Tus hijos?

SR. FIGUEROLA.—Sí, ciertamente; mis hijos... ella también... tu mujer, mi hija. . . ¿Podré verla?

DOCTOR.—Voy á llamarla.

SR. FIGUEROLA.—Sí, llámala.

(El doctor sale por la puerta del fondo y va á buscar á Juana; durante este tiempo el señor Figuerola se suena y se enjuga los ojos. Pasan algunos segundos y aparece el doctor con Juana.)

ESCENA III

DOCTOR, JUANA, SR. FIGUEROLA.

SR. FIGUEROLA.—Buenos días, hija mía... ¿Me permite abrazarla?

JUANA.—¡Oh! papá, con todo mi corazón. Qué buena sorpresa nos ha dado á Juan... y á mí.

SR. FIGUEROLA.—¿A usted también? Sin embargo; no me conocía usted.

JUANA.—Le conocía muy bien, quizá mejor de lo que usted creía. Frecuentemente Juan y yo hablamos de usted.

SR. FIGUEROLA.—Debe usted detestarme.

JUANA.—No, porque Juan le quiere á usted.

SR. FIGUEROLA.—Pero yo no conozco á usted. Déjeme usted mirarla bien. *(La toma las manos y la mira fijamente.)*

JUANA.—Míreme usted.

SR. FIGUEROLA.—Me ha dicho usted esto como una mujer que sabe muy bien que es bonita.

JUANA.—*(Cariñosamente.)* ¡Ah! no mucho, no mucho.

SR. FIGUEROLA.—¿Verdad, Juan, que es bonita?

DOCTOR.—No seré yo quien diga lo contrario; pero sobre todo es la ideal compañera, aquella en la cual se encuentra una camarada, una amiga, una hermana y siempre una mujer.

JUANA.—Aguarda á lo menos que yo salga. ¿Qué capacidad quieres tú que tenga?

SR. FIGUEROLA.—*(Enternecido.)* ¡Ah! mis queridos hijos, soy muy feliz.

JUANA.—¿Come usted con nosotros?

SR. FIGUEROLA.—No.

JUANA.—¿Cómo no?

SR. FIGUEROLA.—Es preciso que esté en Zaragoza antes de la noche. Matilde me ha recomendado le enviase un telegrama.

JUANA.—Envíeselo usted desde aquí.

SR. FIGUEROLA.—Ya no será la misma cosa.

JUANA.—*(Que ha comprendido.)* ¡Oh! sí.

SR. FIGUEROLA.—*(Interrogando á su hijo.)* ¿Cómo explicar? ¡Eh! ¿qué piensas tú?

DOCTOR.—Haz lo que quieras, solamente ten en cuenta que no permanecerás mucho tiempo aquí.

SR. FIGUEROLA.—Pues bien; ¡como con vosotros! tanto peor... habrá una escena... Además puedo decir que... Pero no...

JUANA.—Ya encontraremos algo que decir.

SR. FIGUEROLA.—¡Pardiez! por otra parte... si no encontramos nada, diré la verdad; he ahí todo.

DOCTOR.—Es mejor esto que un embuste. (*En este momento entra Rosa.*)

ESCENA IV

JUANA, DOCTOR, SR. FIGUEROLA, ROSA

DOCTOR.—¿Qué hay?

ROSA.—Es el Sr. Vernet que quiere hablar con el señorito.

SR. FIGUEROLA.—Entonces te dejo.

DOCTOR.—No, no, al contrario, quédate... no me disgusta que veas á Aristides Vernet, periodista y concejal de nuestro Ayuntamiento. (*A Rosa.*) Hazlo entrar.

JUANA.—Y yo me retiro. No deseo encontrarme con ese gran hombre... Dispense usted, papá... voy á velar para que le hagan una buena comida.

(*Salé por la puerta del fondo, en el mismo instante que Vernet entra por la puerta izquierda.*)

ESCENA V

DOCTOR, SR. FIGUEROLA, VERNET

VERNET.—(*Alegre y familiar.*) Buenos días, mi querido doctor.

DOCTOR.—Buenos días, Sr. Vernet. (*Lo presenta.*) Sr. Vernet, mi padre.

VERNET.—(*Tendiendo la mano al Sr. Figuerola.*) Celebro conocerle. (*Al doctor.*) ¿La señora está buena?

DOCTOR.—Sí; gracias.

VERNET.—(*Sentándose.*) Sólo quiero abusar unos instantes de usted, mi querido doctor. En primer lugar, no vengo por una consulta personal... no estoy enfermo ni tengo trazas de estarlo, ¿verdad? (*Ríe ruidosamente porque se ve que goza de buena salud.*)

DOCTOR.—En efecto.

VERNET.—No vengo más que para que usted tome el pulso al punto de vista electoral.

DOCTOR.—El caso es que yo veo poco y en atención á eso, ¿qué cuidados podrá ofrecer a usted?

VERNET.—¡Eh! ¡eh! no se sabe. No faltan médicos en la Cámara, sea dicho sin juego de palabras. (*Vuelve á reír ruidosamente.*)

DOCTOR.—Es verdad. Pero desde que el cuerpo social ha convocado en consulta á los médicos, me parece que no va mejor; al contrario.

VERNET.—Usted calumnias á sus colegas... y á usted mismo.

DOCTOR.—¿Yo?

VERNET.—Ya lo creo. Estoy seguro que usted sería un excelente legislador. Y si García Gómez, el diputado saliente cuya candidatura nosotros apoyaremos en las próximas elecciones no se presentara de nuevo, nuestro comité habría propuesto á usted su sucesión.

DOCTOR.—Pero si no he hecho nada para merecerlo.

VERNET.—(*Ruidoso.*) ¿Que nada ha hecho? Permítame usted que le diga, mi querido doctor, que es usted demasiado modesto. Usted tendría en su favor las fábricas y el campo, los obreros de la ciudad y los campesinos, lo que representa una mayoría de...

DOCTOR.—No cuente usted.

VERNET.—Sí, sí... Una mayoría de 2.000 votos... y eso á lo menos.

DOCTOR.—¿A lo menos?

VERNET.—Ya lo creo. Usted es muy popular en el país.

DOCTOR.—¡Oh!

VERNET.—Muy popular, repito. La abnegación de usted para con los pobres. Los cuidados gratuitos para los que no tienen medios de retribuirle, todo eso es de un buen, de un verdadero servidor de la democracia.

DOCTOR.—Admitamos de un buen servidor de los que sufren... quizá sea la misma cosa.

VERNET.—La misma cosa, dice usted bien, y por eso me ve usted preparar tan ardentemente nuestra campaña.

DOCTOR.—¡Nuestra campaña!

VERNET.—(*Riendo.*) Si usted quiere. Yo confío en que usted vendrá con nosotros.

DOCTOR.—¡Oh! dispéñeme usted, Sr. Vernet, pero yo no me ocupo de política. Que todo lo que de cerca ó de lejos á ella se refiera me sea indiferente, no es bastante decir; las diligencias cerca de los electores, la tutela de los comités, las reuniones públicas, las maniobras de primera y última hora, toda esa cocina electoral que emponzoña las ciudades y los campos, al Norte y al Mediodía, la manteca y el aceite me causa una invencible repugnancia.

VERNET.—Esto no es una razón.

DOCTOR.—Y además, si mis clientes están satisfechos de mí, ¿por qué me envían á otra parte?

VERNET.—Sea. Nosotros nos consolaremos de no tenerle á usted por aliado; al pensar que tampoco lo tenemos por adversario y contando á falta de cosa mejor, con su neutralidad... benévola. Pero mi visita tiene también otro objeto. De quien voy á hablarle es de la señorita Sotorra, profesora de nuestra escuela municipal.

DOCTOR.—¡Ah!

VERNET.—¿La conoce usted quizá?

DOCTOR.—¿Yo? Muy poco.

VERNET.—Usted sabe cuánto me preocupan los intereses de mis conciudadanos. Nada de lo que les toca me es extraño. No permito que cuando tienen algún apuro se dirijan á otro que no sea yo. Prevengo sus deseos, teniendo siempre en cuenta su modestia, su timidez, su ignorancia... En resumen, practico un poco lo que usted llama en medicina la... ayúdeme usted.

DOCTOR.—Profilaxia.

VERNET.—Justo; es la palabra que dice mi hijo. Pues bien; he notado que la señorita Sotorra está muy fatigada y que tiene el aspecto de que oculta alguna enfermedad.

DOCTOR.—¿Verdaderamente?

VERNET.—Sí... creo tendría necesidad de descanso; pero es una joven muy discreta, muy valerosa y no quiere irse antes de las vacaciones. En este caso deberá hacerse una suave violencia que la obligue casi á tomar un permiso para ir á restablecerse en el seno de su familia. Si para obtener ese permiso necesita el certificado de un médico, usted se lo libraría voluntariamente, ¿verdad?

DOCTOR.—Ciertamente, que venga á verme.

VERNET.—Esto es... ó bien pasará yo por aquí uno de estos días por la mañana é iremos los dos á verla.

DOCTOR.—Como usted quiera; estoy á su disposición.

VERNET.—Entonces sólo me resta decirle hasta luego, mi querido Doctor... no olvide presentar mis respetos á la señora.

DOCTOR.—No lo olvidaré.

VERNET.—(*Al Sr. Figuerola.*) Hasta luego, caballero.

SR. FIGUEROLA.—Hasta luego; celebro conocerle á usted.

(*Se estrechan la mano. Vernet sale.*)

MAURICE DONNAY.—LUCIEN DESCAYES.

Traducción de Soledad Gustavo.

(*Se continuará.*)

PARIS

(*Continuación.*)

En cuanto á él, los fragmentos que se le habían sometido tenían señales demasiado ligeras para que se pudiese practicar un análisis, y, por lo tanto, no sabía ni quería decir nada; pero estaba convencido de que se trataba de una pólvora desconocida, de un nuevo explosivo, cuya potencia excedía á todo cuanto se podía imaginar hasta entonces. Pensaba que algún sabio ignorado, ó bien uno de esos inventores oscuros de mano feliz habría descubierto en el misterio la fórmula de aquella pólvora. Por eso quería hablar de los numerosos explosivos ignorados aún y de los descubrimientos que presentía. En el curso de sus investigaciones, él mismo había sospechado varios, sin haber tenido ocasión ni tiempo de practicar el estudio. Hasta indicó el terreno que se debía explorar y la marcha que era preciso seguir. En una peroración muy larga y magnífica, dijo que se habían deshonrado hasta entonces los explosivos, empleándolos en obras imbéciles de venganza y desastre; mientras que tal vez se hallaba en ellos la fuerza libertadora que la ciencia buscaba, la palanca que levantaba y cambiaría el mundo cuando se la dominara y redujera á no ser más que los servidores obedientes del hombre.

Durante toda aquella conferencia, apenas de hora y media, Pedro observó que Francisco se agitaba; y él mismo acabó por interesarse vivamente, porque le era imposible no comprender ciertas alusiones y hacer alguna comparación entre lo que oía y lo que había adivinado de las angustias de Guillermo acerca del secreto que su hermano temía tanto ver á la merced de un juez de instrucción. Por eso cuando él y Francisco fueron á estrechar la mano de Bertheroy antes de marchar juntos, dijo con intención:

—Guillermo sentirá mucho no haber oído á usted desarrollar tan admirables ideas.

El viejo sabio se limitó á sonreír.

—¡Bah! resuma usted lo que he dicho y él comprenderá, porque sabe más que yo sobre el asunto.

En la calle, Francisco, que delante del ilustre químico conservaba la muda actitud de un discípulo respetuoso, acabó por decir, apenas hubieron dado algunos pasos en silencio:

—¡Qué lastima que un hombre de tan vasta inteligencia, libre de todas las supersticiones, resuelto á todas las verdades, haya consentido en dejarse clasificar y encerrar en títulos y academias! ¡Y cuánto más le amaríamos si dependiera menos del presupuesto y si no le ataran las manos las condecoraciones!

—¿Qué quiere usted?—dijo Pedro—. Es preciso vivir; y además, creo que en el fondo está libre de todo.

Y como en aquel momento llegasen ante la Escuela Normal, el sacerdote se detuvo, creyendo que su joven compañero entraría; pero éste levantó los ojos, miró un instante el antiguo edificio, y exclamó:

—No, no; hoy es jueves y no he de ir... Estamos muy libres, demasiado libres, y me alegro mucho, porque esto me permite subir con frecuencia á casa para sentarme á trabajar en mi antigua mesita. Solamente allí me parece tener más clara la inteligencia.

Admitido á la vez en la Escuela Politécnica y en la Escuela Normal, había optado por esta última, donde ingresó primero en la sección científica. Su padre deseaba que se asegurase un oficio, el de profesor, á fin de estar independiente y no ocuparse más que de trabajos personales cuando saliese de la Escuela, si la vida se lo permitía. Muy precoz, concluía su tercer año, se preparaba para el examen de doctorado, y esto le ocupaba todas sus horas. No tenía más reposo que sus excursiones á pie á Montmartre, y sus largos paseos por el jardín de Luxemburgo.

Maquinalmente, Francisco se había dirigido hacia este punto, adonde Pedro le seguía hablando. Aquella tarde de Febrero era primaveral y un sol pálido iluminaba los árboles negros aún. La conversación había quedado en lo que se refería á la escuela.

—Ciertamente—decía Pedro—para formar profesores el único medio es sin duda enseñarles el oficio, imbuyéndolos en los conocimientos requeridos; pero lo peor es que todos, instruídos y educados para ser profesores, no se limitan á serlo. Muchos se diseminan por el mundo, dedícanse al periodismo, se ocupan en regentar las artes, en la literatura y en la sociedad; y todos estos son realmente insoportables por lo regular... Después de haber jurado solamente por Voltaire, vuelven al espiritualismo, al misticismo, última moda de los salones, y con aquéllos se mezclan el «dilettantismo» y el cosmopolitismo. Desde que la fe sólida en la ciencia ha llegado á ser cosa brutal, nada elegante, creen desembarazarse del profesorado afectando una duda, una ignorancia, una inocencia. Su gran temor es oír algo de la escuela; son muy parisienses y se permiten las gracias de los osos amaestrados que desean agradar. De aquí las flechas sarcásticas con que acribillan á la ciencia, ellos, que tienen la pretensión de saberlo todo y que vuelven por distinción á la creencia de los humildes, al idealismo cándido y delicioso del pequeño Jesús del pescbre.

Francisco se sonrió.

—¡Oh!—dijo—el retrato está un poco recargado; pero es lo que usted dice.

—He conocido algunos—continuó Pedro, que se animaba olvidándose de sí mismo—y en todos he observado ese temor de ser engañados, que conducía á la reacción contra todo esfuerzo, contra todo el trabajo del siglo: disgusto de la libertad, desconfianza ante la ciencia y negación del porvenir. El señor Homais es para ellos el espantajo, el colmo del ridículo, y por temor de parecerse á él adoptan esa elegancia de no creer nada ó de creer tan sólo en lo increíble. Sin duda el señor Homais es ridículo; pero él, por lo menos, permanece en un terreno firme. ¿Y por qué no se granjearía el respeto humano, diciendo verdades, aun al señor de Lapalisse cuando tantos otros se atreven á ello, arrodillándose ante lo absurdo? Si es una trivialidad asegurar que dos y dos son cuatro, por lo menos es cierto, y decirlo así es aún menos tonto que creer, por ejemplo, en los milagros de Lourdes.

Francisco miraba con asombro al sacerdote, y como éste lo notara, se moderó; pero sentíase poseído de cólera cuando hablaba de la juventud intelectual, tal como se la imaginaba. Así como se había compadecido de los trabajadores que morían de hambre en el barrio de la miseria, así aquí sentía un doloroso desdén por los jóvenes que, careciendo de valor ante el conocimiento, trataban de consolarse con un espiritualismo engañoso y con la promesa de una eternidad feliz en la muerte deseada, exaltada. ¿No era el asesinato mismo de la vida el pensamiento cobarde de no querer vivir para el simple deber de contribuir con su esfuerzo? ¡Ahl aquella juventud que él soñaba, valerosa, aceptando la mi-

sión de ir de frente siempre en busca de mayor verdad, sin estudiar el pasado más que para sondear el futuro! ¡Cómo le desconsolaba creer que había recaído en las torpezas metafísicas, por cansancio y pereza, y acaso también por las condiciones de un siglo que concluye sobrecargado de trabajo humano!

Francisco volvió á sonreír.

—Pero usted se engaña—dijo—; no todos somos así en la escuela... Dírtase que no conoce más que á los de la sección de letras de la Normal; pero cambiaría de parecer si conociese á los de la sección de ciencias... Entre nuestros compañeros literarios es muy cierto que se deja sentir la reacción contra el positivismo, y que también á ellos les acosa la idea de la derrota de la ciencia; pero esto consiste sin duda un poco en sus maestros, en los neo-espiritualistas y en los retóricos dogmáticos, entre cuyas manos han caído. Mas depende, sin embargo, de la moda, del aire, del tiempo, que quiere, como usted dice muy bien, que la verdad científica se aplique mal y sin gracia, con una brutalidad inadmisibile para las inteligencias distinguidas y ligeras. Un joven de cierta finura que quiera agradar adoptará forzosamente el espíritu nuevo.

—¡Ah! ¡el espíritu nuevo!—interrumpió Pedro, profiriendo una exclamación que no pudo ahogar—. No tiene la inocencia de una moda pasajera, es una táctica, no poco terrible, y una verdadera vuelta á las tinieblas contra la luz, la servidumbre contra la libertad del espíritu, contra la verdad y la justicia.

Y como el joven le mirase por segunda vez, más asombrado aún, enmudeció. La figura de monseñor Martha se le representaba y creía oírle en el púlpito de la Magdalena, esforzándose en reconquistar á París para la política de Roma, para ese supuesto neocatolicismo que aceptaba de la democracia y de la ciencia lo que podía hacer suyo para destruirlas después. Era la suprema lucha; todo el veneno vertido para la juventud partía de allí; y no ignoraba los esfuerzos hechos en los establecimientos religiosos para contribuir á ese renacimiento del misticismo, con la loca esperanza de apresurar la derrota de la ciencia. Decíase que monseñor Martha era todopoderoso en la Universidad católica y que repetía á sus íntimos amigos que se necesitarían tres generaciones de discípulos dóciles, que pensarán bien, antes de que la Iglesia volviese á ser dueña soberana de Francia.

—Por lo que hace á la Escuela, le aseguro á usted que se engaña—repetió Francisco. Sin duda hay algunos creyentes de ideas muy limitadas; pero hasta en la sección de letras, los más no son en el fondo sino escépticos algo tolerantes y discretos, profesores ante todo, aunque tengan un poco de vergüenza, dominados por el espíritu crítico, é incapaces de creaciones originales. Seguramente me sorprendería mucho ver salir de sus filas el genio esperado; y debería desearse que un genio bárbaro, sin la menor instrucción, sin opiniones ni conocimientos, viniese de pronto para inaugurar, hacha en mano, y á fuerza de golpes el siglo de mañana en medio del resplandor de la verdad... En cuanto á mis compañeros de la sección científica, le aseguro á usted que el neo catolicismo, el ocultismo, y todas las fantasmagorías de la moda, no les perturban apenas. No tratan de hacer una religión de la ciencia; fluctúan mucho en la duda; pero los más tienen una inteligencia muy clara, y son firmes amantes de la verdad, demostrando gran celo por la investigación, cuyo esfuerzo continúa á través del vasto campo de los conocimientos humanos. No han flaqueado nunca; siguen siendo positivistas convencidos, evolucionistas que han puesto su fe en la observación y en la experiencia para la conquista definitiva del mundo.

Francisco se animaba, dejando desbordar su fe por las solitarias avenidas del jardín, bañadas de sol.

—¡Ah, la juventud! ¿La conocen acaso? De buena gana nos reiríamos cuando vemos á toda especie de apóstoles disputársela, calificarla de blanca, negra ó gris, según el color que quieren para el triunfo de sus ideas. La verdadera juventud está en las escuelas, en los laboratorios y en las bibliotecas; esta juventud es la que trabaja, la que producirá mañana, y no la pretendida juventud de los cenáculos, de los manifiestos y de las extravagancias. Naturalmente, esta última alborota mucho, y solamente á ella se le oye; pero si usted conociese el esfuerzo continuo, la pasión de aquellos que se callan, aplicados en su tarea, se admiraría. Y de esos conozco muchos, van con el siglo, no han rechazado ninguna esperanza, y están resueltos á proseguir la tarea de sus predecesores, siempre en busca de más luz y de mayor equidad. Vaya usted á hablarles á esos sobre la derrota de la ciencia, y se encogerán de hombros, porque saben muy bien que jamás la ciencia inflamó tantos corazones ni pudo hacer tampoco más prodigiosas conquistas. ¡Que se cierren, pues, las escuelas, los laboratorios y las bibliotecas; que se cambie radicalmente el suelo social, y solamente entonces se podrá temer que renazca el error, tan sólo para los corazones débiles y para los cerebros estrechos!

Este hermoso discurso fué interrumpido por un joven alto y rubio, que se detuvo para estrechar la mano de Francisco. Y Pedro quedó sorprendido al reconocer al hijo del barón Duvillard, Jacinto, que le saludó muy cortésmente; los dos jóvenes se tuteaban.

—¡Cómo!—exclamó—¡Ya estás en nuestro antiguo barrio!

—Amigo mío, voy á casa de Jonás, detrás del Observatorio... ¿No le conoces? ¡Oh! es un escultor de genio, que ha llegado á suprimir casi la materia. Ha hecho una mujer de la dimensión de un dedo, y que no es sino un alma, despojada de las innobles formas; en fin, es toda la mujer en su símbolo esencial. ¡Y es una obra notable, que anonada, una estética, una religión!

Francisco le miraba sonriendo, sin duda al verle tan pulcro, con su larga levita, su barba y sus cabellos bien cortados.

—¿Y tú?—preguntó—. Yo creía que trabajabas, que ibas á publicar pronto un pequeño poema.

—¡Oh, amigo mío! Me repugna tanto crear. Un solo verso me cuesta semanas enteras... Sí, tengo un pequeño poema, *El fin de la mujer*. Y ya ves que no soy exclusivista, como dicen, puesto que admiro á Jonás, el cual cree aún en la necesidad de la mujer. Su excusa es la escultura, un arte tan tosco y tan material; pero en poesía, ¡Dios mío! han abusado de la mujer. ¿No es ya verdaderamente hora de expulsarla para limpiar un poco el templo, purgándole de las inmundicias con que le han manchado? ¡Son cosas tan sucias la fecundidad, la maternidad y todo lo demás! Si fuéramos todos bastante puros, bastante distinguidos para no tocar ya nunca una sola mujer, por repugnancia, y si todas muriesen infecundas, este sería por lo menos el medio de concluir pronto.

Y dicho esto con cierto aire lánguido, se alejó contoneándose, con ligero paso, satisfecho del efecto que pensaba haber producido.

—¿Le conoce usted?—preguntó Pedro.

—Fué mi discípulo en Condorcet, y asistía á todas las clases con él. ¡Oh! es un tipo muy extraño, un loco que ostentaba los millones del padre Duvillard hasta en sus corbatas, aparentando que las despreciaba; preciábase de ser revolucionario, diciendo que encendería en el fuego de su cigarro la mecha que haría estallar el mundo.

—¡Schopenhauer, Nietzsche, Tolstoi é Ibsen reunidos! ¡Y vea usted á qué ha venido á parar ahora! ¡Está enfermo; es un farsante!

—¡Terrible síntoma—murmuró Pedro—cuando los hijos de los privilegiados son los

que por hastío, por cansancio ó por contagio de la furia destructora, comienzan á trabajar como demoleedores!

Francisco había continuado su marcha, dirigiéndose hacia el estanque, donde varios niños ponían en movimiento toda una escuadra de barquitos de papel.

—Ese joven no pasa de ser grotesco... ¿Y cómo quiere usted que un misticismo, que el despertar del espiritualismo, alegado por los doctrinarios que hablaron de la famosa derrota de la ciencia, se tome verdaderamente por lo serio, cuando conduce en tan breve evolución á tales locuras en las artes y en las letras? Algunos años de influencia han bastado para que el satanismo, el ocultismo, y todas las aberraciones vuelvan á florecer, sin hablar de Sodoma y Gomorra, reconciliadas, según dicen, con la nueva Roma. ¿No se juzga del árbol por los frutos? Y en vez de un renacimiento, de un profundo movimiento social que nos traiga el pasado, es evidente que asistimos tan sólo á una reacción transitoria, explicada por muchas causas. El antiguo mundo no quiere morir; lucha en la última convulsión, y parece resucitar por una hora antes de ser arrastrado por el torrente de los conocimientos humanos que se desborda, y cuyas oleadas aumentan siempre. Y ahí está el porvenir, el mundo nuevo que la verdadera juventud traerá, la que trabaja, la que no se conoce ni se oye... ¡Pero vea usted! Preste oído, y tal vez la oirá, porque estamos en su casa, en su barrio, y el profundo silencio que nos rodea, se debe al trabajo de tantos jóvenes cerebros inclinados sobre su mesa, con el libro leído, la página escrita, y la verdad más conquistada cada día.

EMILIO ZOLA.

(Se continuará).

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)





SECCION GENERAL





Los frailes y las monjas en Portugal.

(Recuerdos de mi primera emigración.)

III

Entre todos los políticos de Portugal fué acaso el más contrariado, por los sucesos de 1858, el propio rey Don Pedro V, popularísimo en todo el reino, como que representaba los derechos democráticos, en tantas ocasiones detentados por los partidos medios en esa lucha fratricida que sostuvieron desde 1821 los miguelistas y los liberales unas veces; los de Costa Cabral y Torres-Vedra, otras, juntamente con los otros políticos de menor importancia que se amotinaban cada año, unos contra otros y todos entre sí, disputándose el poder y tratando de imponerse á la voluntad de Doña María II, reina harto débil y veleidosa, que tenía constantemente que oír, y aun á las veces ceder, al marqués de Palmelha, á José Esteban, á Subserra, á Luis de Albuquerque, á César de Vasconcellos, á Soureiro, al duque de Terceira, á Passos, á los condes de Bonfin, das Santas, de Thomar y de Louléyaun, al propio D. Antonio, el ilustre obispo de Vizeu, el más prudente

acaso de todos estos políticos, pero que no dejó de influir por esto en los sucesos contemporáneos de Portugal.

Consideraba, pues, Pedro V, con harta razón, mermada su dignidad y humillado el prestigio portugués, con el desembarco de los religiosos franceses en Lisboa; pero sufrió silencioso esta gran contrariedad ante las intrigas del Nuncio Pontificio y las arrogancias del embajador francés, que amenazaba al joven monarca portugués nada menos que con la aparición de una doble escuadra francesa en las aguas del Tajo y del Duero y con el bombardeo simultáneo de Lisboa y Porto, á no consentir el desembarco. Y esto hizo doblemente repulsivos á los religiosos en Portugal, por lo mismo que hasta Pedro V los consideraba perjudiciales á su pueblo.

Era Pedro V todo un rey demócrata. Nacido en 16 de Septiembre de 1837, de Doña María II y de Don Luis Fernando Augusto, príncipe de Sajonia Coburgo-Gotta, contaba á la sazón veintiún años, y regía el reino sólo seis, tres con la regencia de su padre (1853-1855) y otros tres ya en su mayor edad, pues su madre al morir (1853) le dejó de trece años, siendo el mayor de sus hijos, todos varones: D. Pedro, D. Luis y D. Fernando.

Todos los historiadores convienen en que Pedro V era un joven de excelentes cualidades, de claro y cultivado entendimiento, y que ofrecía grandes esperanzas á la nación lusitana y al porvenir de la península ibérica. Educado en las costumbres inglesas, austero, liberal, dadivoso, amigo de los humildes, se hizo querer bien pronto hasta de las clases aristocráticas, no obstante sus aficiones á la mesocracia.

Con estos antecedentes no hay para qué decir que el joven monarca resistió valientemente la influencia monacal y supo cerrar á cal y canto las puertas de las escuelas, de los hospitales y asilos á los Paulenses y Hermanas de la Caridad, con lo cual los jesuitas ardían en ira y fraguaban todo género de maquinaciones por ver de recavar para sí influencias y prestigios de que carecían y de que á una les negaba el pueblo portugués. Así las nuevas comunidades se encontraban reducidas á la mayor impotencia, teniendo que vivir de sus propios recursos, porque hasta el clero parroquial hizo causa común con el pueblo, cosa muy natural y lógica, hasta cierto punto, dada la situación de pobreza en que de antiguo vive esta clase en el vecino reino. Y es evidente que á haber vivido algunos años más Pedro V, monjas y frailes hubieran tenido que abandonar voluntariamente Portugal, donde hasta las piedras que pisaban les eran hostiles. Pero un inesperado suceso, á todas luces desgraciado para Portugal, vino á romper con este estado de cosas y á favorecer indirectamente la causa de la reacción; suceso en el que indudablemente y al decir de todos los políticos y de todas las clases, anduvo oculta la mano criminal de la Compañía de Jesús, no á la manera ostensible de cuando José I fué agredido en los promedios del siglo XVIII por el P. Gabriel de Malagrida, que armó su mano criminal del trabuco asesino para quitar la vida al monarca portugués, que, como Carlos III en España, supo poner á raya los desmanes del Santo Oficio y expulsar de su reino á los jesuitas.

El suceso fué como sigue:

En el otoño de 1861, Pedro V marchó, como todos los años, con su padre y hermano Don Fernando, á una cacería á los montes de Villaviciosa. La mañana del día 7 de Octubre oyeron misa muy temprano y recibieron la Santa Comunión que les administrara un religioso de la Compañía de Jesús. Momentos después los dos hermanos se sentían indispuestos y á poco más de cuatro horas dejaron de existir. ¡Ni en los tiempos de los Borgias!

Los médicos quisieron atribuir este triste suceso á unas fiebres tifoideas, pero el pueblo no dió crédito á estas voces que hicieron correr á una los galenos y con un buen

sentido vió en todo este trágico suceso la mano criminal de la Compañía de Jesús, que ahora no armaba el brazo de ninguno de sus hijos con el puñal asesino, sino que á la manera de los pérfidos Pontífices y Cardenales del siglo xv, administraba el mortífero veneno dentro de la misma Eucaristía, esto es, con la misma hostia consagrada, para mayor impunidad y no tener responsabilidad alguna (1).

Y la cosa no pasó de aquí. Don Pedro V, viudo, sin hijos de Doña Estefanía, con quien había casado en 1859, dejó la corona para su único hermano, el duque de Porto, D. Luis María Fernando de Braganza y Coburgo, nacido en 31 de Octubre de 1838. ¡Ay! Se conoce que no había otro marqués de Pombal, y los jesuitas gozaron á su satisfacción de sus criminales instintos. En balde pidieron muchas notabilidades abrir una información que pusiese en claro las causas originarias de la muerte de ambos príncipes. Saldanha era el que más gritaba entre los que querían oírle. Todo fué inútil. El duque de Porto fué coronado públicamente en 11 de Noviembre de 1861 y todo quedó como estaba.

IV

Pero no; la reacción después tomó grandes incrementos y los jesuitas comenzaron sus trabajos, y los han continuado hasta el día de una manera admirable. Pobres entraron en Portugal, en 1850; pobres desembarcaron en Lisboa Paulas y Hermanas de la Caridad, en 1858; postulando de aquí para allá, por calles y plazas, invadieron después el reino multitud de comunidades, enviadas unas de España, otras de Italia, las más de Francia, extendiéndose cual epidemia mortífera por todos los pueblos, sin encontrar quien les pusiera dique á sus desmanes. Poco á poco, frailes y monjas, sin darse un momento de reposo, fundaron suntuosos conventos; se fueron haciendo paulatinamente de propiedades inmensas; invadieron las ciudades más populosas, huyendo de las aldeas y de los campos; acapararon para sí beneficios, cargos y servicios lucrativos, con perjuicio del pobre clero parroquial, y después se dedicaron á invadir los hospitales, los asilos y establecimientos benéficos, explotando á los enfermos, viviendo de lo que cercenaban en los hospicios y los asilos, beneficiando raciones, ocupando hasta las farmacias y los talleres, y, por último, haciendo una intrusión escandalosa en el profesorado de primera y segunda enseñanza, no obstante no conocer el idioma, ni la pedagogía, ni poseer títulos profesionales, ni académicos.

No pasó mucho tiempo sin que se vieran los resultados. Los escándalos se han venido sucediendo con pasmosa regularidad. De aquellas santas y castas religiosas que desembarcaban en Lisboa, escoltadas por lanceros de caballería, hubo el buen acuerdo de no decir entonces si además de las supuestas virtudes, eran

*aún vírgenes á las primeras
impresiones del amor,*

porque multitud de ellas dieron á luz robustas criaturas á muy poco de desembarcar, y una de las que más llamó la atención, por su piedad y humilde porte, tuvo un doble

(1) Hemos de hacer notar aquí una coincidencia muy singular dada entre este suceso y otro muy análogo, ocurrido diez meses antes con los príncipes Borbones, que murieron á la manera de sus primos los de Braganza.

Hallándose en Austria el infante D. Fernando de Borbón, hermano del Conde de Montemolín, pretendiente al trono español, murió casi repentinamente el 1.º de Enero de 1861, y el 13 del mismo el Conde de Montemolín, y cortas horas después de su esposa, atribuyéndose por algunos estas muertes á envenenamientos por los jesuitas, y las relacionaban con la renuncia hecha por Montemolín en Tortosa, de sus derechos á la Corona, en favor de su prima la Reina Isabel II, y por otros, á una *fiebre tifóidea* cogida por Fernando, y de que se contagiaron Montemolín y su esposa, que le estuvieron asistiendo. ¡Fué mucha coincidencia esta!

alumbramiento, allá en el hospital de Jesús, en Setubal, y por este hecho tan natural y corriente entre mujeres que viven y comen bien y son además correspondidas por los hombres

*ni han temblado las esferas
ni se ha hundido el firmamento;*

pero sirvió para aumentar el escándalo y que algunos abrieran los ojos y cayesen en la cuenta de que frailes y monjas no eran lo que creían, pues si ellas se veían madres de la noche á la mañana, ellos se convirtieron, por ley de su propia naturaleza, en fecundos y robustos *padres*, que en sus deseos de multiplicar al mundo no respetaron doncella viva; y en colegios, escuelas, conventos, hospicios y hospitales, allí donde podían atropellar en su honor á las más débiles, sin temor á la justicia histórica, sin respetos á los clamores de la prensa, sin ocultarse de nada ni de nadie, dando rienda suelta á sus impúdicas pasiones, saciaron una y otra vez sus lascivos deseos con el desenfreno escandaloso de aquel célebre sevillano D. Juan de Mañara, que sirvió á Tirso de Molina para su *Convidado de Piedra*, y á Zorrilla para su *D. Juan Tenorio*. Multitud de procesos se han incoado en estos últimos años por sus excesos cometidos en Portugal, sin que los Tribunales hayan encontrado méritos bastantes para castigar á los culpables. Y sin embargo, de la impunidad de que gozaban las religiosas, la leyenda que rodeó en algún tiempo su vida, cayó ahora por tierra y todos las han visto ya al desnudo. Un notable publicista, Roberto Castrovindo, hace de ellas el siguiente exacto retrato:

«Las hermanas suelen ser, en hospitales y hospicios, si no cómplices, encubridoras de los mayores abusos. En Murcia han tolerado y ocultado la explotación de niños; en Madrid no impidieron y taparon que se diera á los asilados tocino podrido, escaso alimento, feroces palizas y que se llegara hasta martirizarlos.

»El tipo medio, el general, el prototipo de la hermana de la caridad, no es ¡ay! aquella joven hermosa, pálida y triste, todo abnegación y valor, heroína en los campos de batalla, mártir en hospitales de coléricos, inteligente, tierna, abrasada de amor á la humanidad y á Dios, la soñadora enferma del mal de amores.

»No, no es ese. El tipo común es una mujer incansable, fea, de edad indefinible, pero de esas que nunca han sido jóvenes; aspecto de criada, portera ó comadre, de esas que lo mismo echan una mano en un parto á la criatura que nace, que ayudan á bien morir al enfermo y amortajan el cadáver; enfermeras por vocación, por gusto, por hábito, no por caridad; muy amigas de dar friegas, hacer tisana y asistir á duelos.

»La pobreza lleva á esas comadres á utilizar sus aficiones y consagrarlas á Dios. Se hace entonces hermana, y con el hábito adquiere orgullo y soberbia.

»Se cree amiga íntima de la Providencia, da por segura su entrada en el cielo, y entonces desaparece todo sentimiento, toda ternura; se apodera de las llaves de la despensa y los roperos, y en vez de hermana de la caridad, parece patrona. Los enfermos son para ella números, no hombres. La costumbre de verlos, como también acontece á los médicos, endurece su corazón, y lo mismo la da verlos morir que rascarse.

»Es la mangoneadora, el factotum, la métome en todo, la ama de llaves, la dueña. Con rezar y hacer que recen los demás y salvar almas con confesiones, comuniones y escapularios, cree cumplidos sus deberes. De las tareas penosas se encargan enfermeros y enfermeras. Ellas inspeccionan, vigilan, imponen religiosidad, comen como cavadores, beben como carreteros, ahorran como urracas, y á veces se refocilan por los rincones con practicantes y enfermeros como Maritornes con los arrieros huéspedes de su venta. Rutinarias, ignorantes, intransigentes, zafias y feas, más que ángeles, parecen dueñas.»

La pintura es de mano maestra y retrata por igual á las religiosas de Italia, Francia, España y Portugal. Por lo mismo, al iniciarse el pasado año en Francia aquella serie de manifestaciones contra la frailocracia, donde monjas y frailes han sido apedreados por las muchedumbres y sus templos incendiados, Italia, España y Portugal secundaron tan

justo movimiento, pidiendo á una la expulsión de los jesuitas juntamente con la de todos los religiosos de las demás órdenes. Pueblos hubo como Porto, Turín, Nápoles, Valencia, Vizeu, Lisboa, Barcelona, Satubal, Sevilla y Madrid, donde lograron salvar la vida casi milagrosamente y gracias á los soldados que con gran riesgo de su propia existencia, pudieron ampararlos. Y de estas tumultuosas manifestaciones, nació la dispersión de las comunidades, cuyos miembros andan hoy errantes y fugitivos sin encontrar país que quiera darles albergue.

En Portugal se han cerrado todos los conventos y sus religiosos han buscado refugio en las colonias del África y del Asia, donde no en todas son bien recibidos. El consejero Díaz Ferreira se ha puesto al frente del movimiento antimonaca! y los diputados y senadores han redactado una ley por la cual se soluciona este conflicto, estatuyendo:

- 1.º La disolución de las asociaciones religiosas que existan con licencia ó sin licencia de la autoridad.
- 2.º Clausura de todas las casas religiosas, tanto nacionales como extranjeras, dándose cumplimiento á las leyes 33 y 34.
- 3.º Creación de asociaciones religiosas nacionales para Ultramar con noviciados, votos, etc., y con la reglamentación y competente fiscalización del Estado.
- 4.º No serán admitidas en el reino bajo pretexto alguno congregaciones religiosas.

Así ha terminado en Portugal la frailocracia.

El jesuitismo, que movía en 1858 al apóstata Pío IX y á Napoleón III, á imponer la frailocracia en Portugal, ha visto á los cuarenta y tres años destruída su obra, librando al pueblo portugués de los males que engendra en sí la vida monacal. Salvóse la libertad en esta lucha, pereciendo para siempre la reacción y cumpliéndose ahora aquellas palabras de Sixto Cámara, pronunciadas en el muelle de Lisboa, en 1858: «Lo que hoy impone Napoleón no tardará en destruir el pueblo á la primer ocasión que le sea propicia.» Así ha sido. Felicitémonos por ello.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

Madrid 25 de Agosto de 1901.

EDUCACIÓN É INSTRUCCIÓN

Son muchos los padres que confunden la educación con la instrucción. Para ellos, con tal que sus hijos sepan escribir—mal, por supuesto—una carta, deletrearla y hacer cuatro números, *ya son bastante listos* y no necesitan más. No se fijan en que sus hijos pueden transformar el carácter, y que de perversos, torpes, vagos, etc., pueden volverse con el benéfico influjo de la educación, buenos, juiciosos, trabajadores. Esto para ellos es lo secundario: su ideal es que sepan escribir, que sepan leer, que sepan contar, y, sobre todo, si son beatos, mucha religión, que equivale á decir mucho *pienso*.

*
* *

La edad en que el niño comienza á entender las materias que componen la instrucción es por lo común de los nueve á diez años en adelante. Y á mi juicio, antes de esa edad sólo incidentalmente habría de usarse de la instrucción propiamente dicha, esto es, la enseñanza de las ciencias metodizadas.

Bueno, muy bueno que los niños vayan á la escuela desde los seis ó menos años si los padres no tienen medios, tiempo ó carácter para educarlos; pero nada conveniente que desde su ingreso en la escuela empiece ya la rigurosa instrucción.

Nada de tenerles tres horas por la mañana y tres por la tarde en locales antihigiénicos, sujetos á una disciplina embrutecedora y á ejercicios mecánicos y rutinarios como sucede en casi todas las escuelas de hoy día, especialmente en España.

Muchos ejercicios corporales y al aire libre y muchas lecciones de cosas por el método intuitivo, es lo esencial para los niños pequeños.

Ejercicios físicos para el desarrollo y vigorización del cuerpo, el desarrollo gradual de la inteligencia, sin forzarla, como se hace ahora, con la rigurosa instrucción; el cultivo del sentimiento con tendencia á extirpar el egoísmo y á afianzar la fraternidad universal, el encauzamiento de la voluntad hacia la realización del bien general y de las costumbres verdaderamente buenas; este es el objeto de la escuela educativa.

Con las lecciones de cosas se hace el niño con un caudal de conocimientos muy provechosos que serán la base de ulteriores estudios y que le ejercitan sin fatiga el juicio, la imaginación, la memoria y las demás potencias intelectivas.

Estas lecciones, amenizadas con historietas en que se pinte la generosidad, el valor, la abnegación, la injusticia, el egoísmo, la verdad, la nobleza, etc., etc., sirven grandemente para formar el corazón.

Y, por fin, el enseñarles á obrar por sí mismos, aceptando sus iniciativas y demostrándoles en lo que son buenas y en lo que no lo son, y dándoles toda la libertad de que sepan gozar sin abuso, será un gran medio para el desarrollo de la voluntad.

Y sobre todo, muchos ejercicios físicos y, como ya he dicho, al aire libre, porque sin un cuerpo sano no puede realizarse lo de Juvenal: *mens sana in corpore sano*, fin primordial de la educación.

* * *

La educación, no hay duda, es, como ha dicho Constancio Romeo en esta misma Revista, la palanca que pedía Arquímedes para remover el mundo. Con unos cuantos años de educación verdadera, la que hace hombres libres y de carácter, el género humano se transformaría y el reinado de las injusticias, aberraciones y crímenes, habría terminado.

Por eso los obreros, comprendiendo que sólo con hombres conscientes se puede transformar la sociedad actual, fundan escuelas, las que si no carecen de defectos, á lo menos no embrutecen la inteligencia, ni empujan á la degeneración humana, como sucede con las escuelas religiosas. Y, por último, muestran el verdadero camino de la emancipación, que es lo que se persigue.

FRANCISCO NAVÉS.

ENTRE JARAS Y BREZOS

UN MONSTRUO

II

Vamos á presentar un nuevo personaje al benévolo lector que nos sigue en nuestra narración.

El tío Chirilo era un hombre como de unos cincuenta años, alto, delgado, de tez morena, nariz aguileña y ojos salientes y penetrantes.

Tenía un cargo en la mina de M., era capataz de un trabajo.

La compañía lo tenía en mucha estima por los muchos y buenos servicios prestados en los trabajos de la mina. Nadie como él para recoger votos á favor de la empresa; na-

die como él para denunciar á cualquier obrero que hablase mal de los jefes y contra los *hunos*.

Él admitía y despedía á los obreros sin intervención alguna de los jefes superiores, y lo que él ordenaba y mandaba quedaba hecho para ciento y un año, pues tal era la autoridad moral que ejercía sobre los jefes de la mina.

A sus órdenes trabajaban un centenar de obreros y algunas obreras, llenando vagones de mineral calcinado, sitio en que Chirilo estaba empleado.

Este hombre era odiado por todos los obreros, y, sin embargo, era respetado y agasajado por ellos.

¡Qué cosa más extraña!

Era agasajado y respetado porque él tenía en sus manos y en su voluntad el pan de los obreros que á sus órdenes trabajaban, y bastaba que uno tuviese un altercado ó una fútil indisposición con él para que este lo despidiera.

Había, sin embargo, una obrera en su trabajo que le había dado una bofetada y no la había despedido. Chirilo estaba enamorado de aquella modesta obrera, aunque él estaba casado y tenía hijos, pero la devoradora pasión del sensualismo le dominaba y sus gustos salvajes no podían quedar por satisfacerse, por lo que quería tener cerca de sí á la mujer que desde hacía tiempo lo tenía intranquilo.

Él la había visto crecer y desarrollarse en el trabajo; había visto de cerca madurarse aquella manzana y quería gustar su sabor.

Rosario, tal era el nombre de la obrera, tenía diez y siete años. Huérfana de padre desde muy temprana edad, tuvo que trabajar para poder ganar el sustento, pues su madre, enferma y ciega, no podía hacerlo.

Cierto día que estaba trabajando, llenando unos vagones en compañía de otras muchachas, desgraciadas como ella, fué avisada por un zagal, diciéndola que el capataz Chirilo la llamaba á la oficina.

Dejó Rosario el trabajo yendo á la oficina, un pequeño cuartito de madera donde había colocados sobre una mesa útiles de escribir. Frente á la mesa-escritorio estaba sentado Chirilo, teniendo por delante varios libros de asiento y libretas de obreros, pero la vista la tenía fija en la puerta y parecía que esperaba á alguien.

De cuando en cuando pasaba una de sus manos por la ardorosa frente y parecía reflexionar, pero ni la meditación ni nada del mundo podía hacer que en sus ojos saltones brillara un átomo de nobles sentimientos; su cuerpo se agitaba á intervalos, pareciendo un epiléptico, y en sus gruesos labios, que de cuando en cuando se mordía con los dientes negros por el humo del tabaco, podía fácilmente adivinarse los impuros deseos que le dominaban y atormentaban.

En esto sintió ruido de pasos que se acercaban.

Compuso su cuerpo algo y modificó sus facciones, dibujándose en sus labios de mulato una maléfica é hipócrita sonrisa, fijando la vista en la puerta.

Rosario se presentó.

Esta, antes de decidirse á entrar, se paró en el dintel de la baja y estrecha puerta y preguntó con humildad:

—¿Tenéis algo que mandarme?

—Sí, entra—contestó Chirilo fijando una mirada magnética en la joven.

Esta bajó los ojos y se decidió á entrar.

Chirilo, sin levantarse de la silla, le dijo á la joven:

—¿Sabes, Rosario, que estás despedida?

—¡Yo, despedídal! ¿Y por qué?—preguntó la joven toda temblorosa.

—Porque tu trabajo no le hace falta á la compañía, y hoy ha pedido trabajo un obrero de más fuerzas que tú y se lo he dado para ocupar el puesto que tú dejes vacante.

—Pero yo, ¿qué he hecho para que hagáis esta injusticia conmigo?—objetó la joven. A lo que repuso Chirilo:

—Pues tú misma te despidés. Me distes el otro día una bofetada y esto no puedo perdonártelo yo..., pues todavía me está doliendo la mejilla.

La obrera no pudo decir nada, y se echó á llorar como una Magdalena.

El capataz la miraba devorándola con los ojos, y después de una larga pausa le dijo:

—Si accedes á mis deseos te quedarás trabajando y te subiré el jornal.

La joven se estremeció y miró á aquel hombre, diciéndole:

—Yo no puedo hacer eso que usted quiere. Compadeceós de mí y mirad que no tengo nada más que este mísero salario que gano aquí para mantener á mi santa madre y á mí. No me despedáis; hacerlo, si no por mí, por mi pobre madre que no ve y no puede trabajar... Yo le pediré á usted perdón de rodillas por la bofetada que le dí el otro día—y se echó á sus pies.

—Mira, Rosario, yo te quiero, quiéreme tú y no te faltará nada... Yo te pasaré un sueldo en casa para que no vengas á trabajar, con lo que podrás mantenerte tú y tu madre... Te compraré otra ropa mejor que la que tienes, y no pasarás *humo*.

La niña lloraba amargamente y le rogaba que no la despidiese.

Chirilo, en un movimiento rápido, se levantó de la silla, cerrando la puerta de un golpe y echando la llave por dentro y guardándosela en el bolsillo.

La pobre niña, al verse allí enjaulada con aquella fiera, intentó gritar, pero el capataz la amenazó diciéndola:

—No grites, porque no te oirán, y si lo haces, te mataré aquí mismo. Estamos solos y nadie nos ve; quiero que seas mía á toda costa.

La infeliz no gritó ni habló, pero continuaba llorando en silencio y temblando de miedo.

Chirilo se fué á acercar á ella con los brazos abiertos, diciéndole:

—¡Ven, querida mía!

Pero ella, viendo que iba á ser víctima de los impuros deseos de aquel asqueroso viejo, se abalanzó hacia la mesa, y cogiendo un pesado tintero de cristal dijo:

—¡Abrirme la puerta! Si tocáis la punta de mis enaguas os estrello este tintero en la frente.

Chirilo se contuvo breves segundos, pero la pasión le devoraba y se adelantó hacia la joven con los brazos abiertos. Esta, entonces, le tiró el tintero que tenía en las manos, dándole en un hombro y manchándole de tinta el rostro y parte del cuerpo, y el bruto, ya fuera de sí y dominado por la ira y el deseo, saltó como una pantera sobre su presa cogiendo á la joven por la cintura. Esta forcejeaba inútilmente contra las hercúleas fuerzas del monstruo, y con las manos y las uñas se defendía de aquel tigre. La mesa de escritorio rodó por el suelo unida con la joven que, ya cansada y sin fuerzas quiso gritar, y al intentarlo sintió que los asquerosos labios de Chirilo se posaban en los suyos, frescos y rosados, ahogando su grito en la garganta, y ya no pudo oponer resistencia; sus brazos los tenía cogidos fuertemente el malvado, en tanto derramaba su asquerosa y envenenada baba sobre la corola de aquella flor, agostada en el dolor.

AURELIO MUÑIZ.

REVISTAS Y PERIODICOS

QUE PUEDEN ADQUIRIRSE EN ESTA ADMINISTRACIÓN

L'Humanité Nouvelle.—Importante revista internacional de Ciencia, Literatura y Arte.—9, Rue Garnier Neuilly-sur-Seine.

Revue Franco-Allemand.—45, rue Custine XVIIIe, Paris.

El Obrero Albañil.—Tucumán, 3.211, Buenos Aires.

Freedom.—Publicación mensual.—127, Ossulston Street, Londres, N. W.

Les Temps Nouveaux.—Rue Mouffetar, 140, Paris.

La Protesta.—Lista de Correos, Línea de la Concepción.

La Defensa del Obrero, Gijón.

El Obrero.—Badajoz.

La Protesta Humana.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.

El Nuevo Ideal.—Maloja, 1, altos, Habana.

El Rebelde.—Casilla Correos, 15, Buenos Aires.

La Questione Sociale.—Box, 1.639, Paterson, New Jersey (U. S. A.).

El Obrero.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.

El Despertar.—99, Madison St. Paterson New Jersey (U. S. A.).

L'Awenire Sociale.—Messina (Italia).

La Campaña.—Correo, 5, Santiago de Chile.

La Voz de la Mujer.—Corrientes, 953, Rosario de Santa Fe.

A Obra.—Rua do Norte, 165, Lisboa.

La Aurora.—Piedad, 94, Montevideo.

L'Università Popolare.—Via Tito Speri, 13, Montova (Italia).

O Protesto.—Rua Evaristo de Veiga, 78, Río Janeiro.

El Grito del Pueblo.—Avenida Intendencia, 14, Sao Paulo (Brasil).

El Obrero Moderno.—Balsas, 3, Murcia.

L'Awenire.—Corrientes, 2.041, Buenos Aires.

Germinal.—Box, 1.136, Paterson, New Jersey.

Le Reveil.—Rue des Savoises, 6, Ginebra (Suiza).

El derecho a la vida.—Casilla de Correos, 305, Montevideo.

L'Agitazione.—Casella Postale, núm. 299, Roma.

El Acrata.—Correo 3, Casilla 86, Santiago de Chile.

La voz del esclavo.—1.405, Franklyn, Tampa Flá.

Palestra Social.—Rua Libero Bidaró, 82, Sao Paulo (Brasil).

Federación.—Box, 81, Tampa Flá.

El Productor.—Ferlandina, 49, 1.º, 2.ª Barcelona.

Tribuna Libertaria.—Calle Río Negro, 274, Montevideo.

L'Aurora.—Box, 203, Spring Valley Ill. (E. U.)

L'Internazionale.—418-420, Euston Road, Londres N. W.

Ontwaking.—Deurnestraat, 15, Antwerpen (Bélgica).

Neues Leben.—Desdrener-Strasse, 49-II, Berlín, S.

El Siglo XX.—Santiago de Chile.

Fraternidad Obrera.—San Fernando, 70, Cartagena.

La Emancipación.—Coruña.

Retratos.—A diez céntimos ejemplar, los de Pedro Kropotkin, Miguel Bakounine, Emilio Zola, Fermín Salvochea, mártires de Chicago, y el de los extrañados de Barcelona, á 15 céntimos; todos en magnífico papel couché.

LA REVISTA BLANCA



PRECIOS DE SUSCRIPCION

<i>España, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre.....</i>	<i>1,50 pesetas</i>
<i>Idem id. id., un año.....</i>	<i>5 —</i>
<i>Paquete de 12 ejemplares.....</i>	<i>2 —</i>
<i>Un ejemplar.....</i>	<i>0,25 —</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.

LA REVISTA BLANCA publica un SUPLEMENTO semanal, con las siguientes condiciones de suscripción:

<i>España, Gibraltar y costas de África, trimestre.....</i>	<i>1 peseta.</i>
<i>Idem id. id., año.....</i>	<i>4 —</i>
<i>Paquete de 30 ejemplares.....</i>	<i>1 —</i>
<i>Número suelto.....</i>	<i>0,5 céntimos.</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.